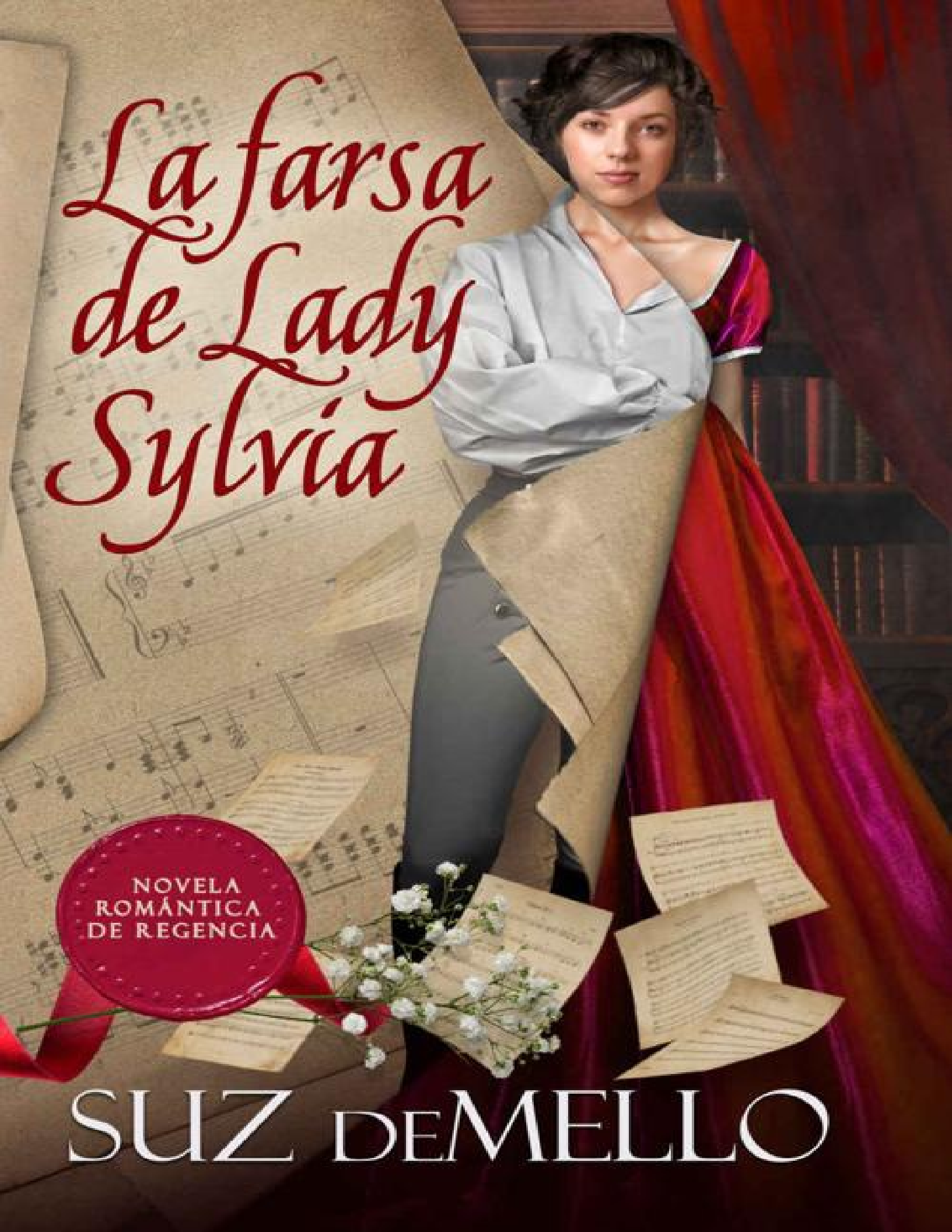

La farsa de Lady Sylvia
NOVELA ROMÁNTICA DE REGENCIA
SUZ DEMELLO

La farsa de lady Sylvia

Novela romántica de regencia

Suz deMello

Contenido

La farsa de lady Sylvia
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Epílogo
Acerca de la autora
Nota de la autora

Capítulo 1

Londres,
Abril de 1813

Sylvia Dillworth tiró del apretado corpiño de su vestido blanco, el atuendo de rigor para presentarse ante la reina y su corte. Deseó tener la piel clara. Las mujeres rubias estaban a la moda entre los solteros y los dandis que podrían disputarse su mano y determinar su futuro. A ella no le gustaba la idea de que un hombre al que no conocía dirigiese su vida, pero sus opciones eran limitadas.

Dio un último e inútil tirón mientras su madre le pellizcaba las mejillas.

-¡Date prisa, Sylvia! Tu momento se acerca- dijo lady Mary, sonriendo.

Sylvia apartó el rostro del pellizco de su madre, bienintencionado, pero desagradable. De reojo, se vio en el espejo que había en la antesala de la sala de audiencias de la reina, estaba pálida y su gesto era de preocupación. Hizo una mueca de dolor. Tenía los pómulos demasiado angulosos, los labios demasiado finos y la mandíbula demasiado fuerte para cumplir con los cánones de belleza femenina y, por si fuese poco, le aterraba presentarse ante la reina. Los volantes de encaje y las plumas de avestruz de su tocado no podían ser más absurdos. Todo el vestido blanco en general, con sus aros y encajes, no le favorecía a su cuerpo delgado y moreno. Parecía un gorrión atrapado en la arácnea tela de una enorme y malévola araña.

La puerta que tenía enfrente se abrió. La chica que iba delante de Sylvia avanzó para presentarse ante la reina, alentada por los elogios de su mamá.

“Santo cielo. Soy la siguiente.” Sylvia tragó saliva e intentó pasar el nudo que se le había hecho en la garganta. Su madre le apoyó la mano caliente en la espalda, sin duda, para intentar tranquilizarla. Ella se puso recta. A pesar de sentirse muy incómoda, no iba a avergonzar a su madre otra vez. O eso esperaba.

La puerta se abrió y un mayordomo anunció en tono estentóreo:

-¡Lady Sylvia Pauline Markham Dillworth!

Y Sylvia se dirigió hacia su destino.

Avanzó por el salón de audiencias hacia una figura tensa que había sentada en un sillón que parecía un trono. Un lacayo, o tal vez fuse un cortesano, la siguió y fue estirando la requerida y larga cola del vestido.

Su zapato pisó algo suave y mullido, pero Sylvia no se atrevió a bajar la vista. Su madre le había advertido muchas veces que no se mirase los pies.

Alzó la barbilla todavía más. Se levantó las voluminosas faldas e intentó pasar por encima del obstáculo, pero pisó algo peculiarmente blando.

Oyó un quejido.

Se quedó sin aliento y cayó sobre las rodillas. El doguillo de la reina escapó gimoteando de debajo de su acechante zapato para ir a refugiarse debajo del asiento de Su Majestad.

Sylvia se desplomó y cerró los ojos. Tal vez ella también pudiese esconderse debajo del trono de la reina. En esos momentos, se sentía tan pequeña que habría podido meterse debajo de la alfombra o, tal vez, escapar por una grieta del revestimiento de la pared, como un ratón.

-¿Quién es la descarada que le ha hecho daño a mi doguillo?

El quejumbroso comentario de la reina terminó de humillar a Sylvia.

*****

-¡No sé qué hacer con ella, Dill!

Con la oreja pegada a la pared del vestidor de lady Mary, Sylvia podía oír con toda claridad la ansiedad en la voz de su madre.

-Primero, el desatino en el té de lady Ramsey, ¡y ahora, esto!

-Tal vez no sea tan grave. La reina no goza de demasiada popularidad -dijo el padre de Sylvia, intentando calmar a su esposa.

-Pero esa bruja, la princesa Esterhazy, sí. Y, por supuesto, estaba allí.

Su madre parecía disgustada.

-Tómate un brandy, amor mío, y hablemos de ello. No puede ser tan malo. Sylvia es una muchachita encantadora, capaz de establecer un vínculo duradero con un hombre distinguido.

-No sé. Nosotros la queremos, pero debo decir que sus buenas cualidades no son ventajosas en sociedad.

A Sylvia le picaron las lágrimas detrás de los párpados cerrados. ¿Se avergonzaba su madre de ella?

-Es rápida, brillante y lista- comentó su padre-. ¿Cuántas de esas otras chicas hablan y escriben latín, griego, francés e italiano? ¡Apuesto a que ni una!

Eso la animó. Tener una buena cabeza tenía que contar para algo.

-Los talentos intelectuales de nuestra hija no la ayudarán a casarse bien.

Así que tener buena cabeza no era suficiente.

-Canta como los ángeles. ¿Ya no muestran sus voces las muchachas hoy en día? En mi época, siempre había alguna señorita cacareando *The Oak and the Ash* o tocando el arpa.

-Perdóname, Dill- el tono de su madre se endureció-, pero yo solía cantar *The Oak and the Ash*.

-¡Y lo hacías endiabladamente bien, debo decir!

Sylvia oyó a lady Mary yendo y viniendo por la habitación.

-Sea como fuere, últimamente parece que Sylvia no puede abrir la boca sin hacer un comentario inadecuado.

Ella se mordió el labio para evitar llorar. Nunca había oído a su madre hablar así de nadie.

-Tendremos que llegar a un acuerdo con Forth o con Maitland- añadió su madre con determinación-. No se puede hacer otra cosa.

A Sylvia se le detuvo el corazón. Tanto el conde de Forth como el vizconde de Maitland, ambos nobles venidos a menos, le doblaban la edad. Con ellos, no. No podía.

-Tal vez tengas razón, Mary- respondió su padre, que parecía pensativo-. La dote de Sylvia es atractiva. Forth o Maitland darían lo que fuera para casarse con ella.

Sylvia se imaginó besando al conde de Forth, un hombre mayor que seguía utilizando pelucas empolvadas y maquillaje de otra época. ¿Sabrían sus labios a maquillaje o a polvos? Maitland era igual de horrible, iba manchado de comida y olía a sudor. ¡No se casaría con Forth ni con Maitland, aunque se quedase soltera una década!

No pudo seguir escuchando, estaba demasiado agitada.

Solo hacía unas semanas que estaba en Londres y su vida era un absoluto desastre. Su madre tenía razón. Sylvia había fracasado en la única tarea que le había asignado la sociedad: casarse bien. A pesar de hablar cinco idiomas y de cantar como los ángeles, no tenía alternativa.

Forth o Maitland. ¡Santo Cielo!

Entró en la habitación que ocupaba su hermano James cuando no estaba en Oxford o en la casa de Kent. Incluso sin luz, sintió la diferencia entre aquel dormitorio y el suyo porque olía a botas de cuero y a lana húmeda en vez de a perfume y a crema corporal. Encendió una vela, que

iluminó la habitación decorada de manera masculina, en tonos oscuros y con telas ásperas, al contrario que la suya, donde abundaban los encajes y las muselinas.
Se agarró a un poste de la cama y pensó en lo injusto que era todo. ¿Por qué no había nacido hombre? La situación no era solo injusta, sino que carecía de sentido. ¿Por qué toda la diversión era para James? Eran iguales en términos intelectuales e incluso de fuerza física. Ella le ganaba al tenis y seguía su ritmo durante un largo día de caza. ¿Por qué James podía ir a la universidad y ella no?
La universidad. Sylvia suspiró con envidia. Se imaginaba midiendo su inteligencia con otros estudiantes, y ganándoles.
Pero ninguna universidad admitía a muchachas.
-Eso podría acabar con nuestras pequeñas y estúpidas mentes- murmuró.
Oxford. Se imaginó un bastión de educación superior en el que todo el mundo fuese bienvenido.
-¡Siempre y cuando lleves pantalones, supongo!
"Pantalones". Le dio vueltas a aquello. Abrió la puerta del armario ropero de James. Eran mellizos, así que tenían más o menos la misma talla. ¿Era posible? ¿Se iba a atrever?
Una hora más tarde salió sigilosamente de la residencia de los Dillworth en Bruton Street, ataviada con uno de los trajes de su hermano. Se marchaba a Oxford.

*****

A la tarde siguiente, Sylvia caminaba por una de las calles adoquinadas de Oxford sumida en la incertidumbre. No se sentía cómoda en la ciudad universitaria, rodeada de hombres jóvenes que parecían tener una determinación de la que ella carecía. Las puntas del cuello alto y la corbata que había tomado prestada le rozaban la cara. Los zapatos de su hermano le hacían daño en los pies. Y, lo que era peor, el poco dinero del que había dispuesto se había reducido a una miseria.
A pesar de su aflicción, pudo apreciar la belleza de la ciudad. Los edificios eran antiguos y muy bonitos, hechos de una piedra que cobraba un brillo dorado al atardecer. Todas las calles, fuesen anchas o estrechas, tenían los mismos suelos de piedra gastada y formaban un sinuoso laberinto que esperaba poder explorar antes de que se descubriese su impostura. Entonces, la llevarían de vuelta a Londres o a envejecer en la ignominia en Kent.
Si no encontraba la manera de hacer que aquello funcionase, tendría que dejar aquel bello lugar, pero no tenía la menor idea de cómo proceder. No sabía nada acerca de los procedimientos para entrar a estudiar en la universidad de Oxford, ni cómo hacían los estudiantes para conseguir hospedaje y comida.
Atravesó una verja de hierro forjado en la que se entrelazaban rosas rojas y blancas. Vio las flores a la luz del crepúsculo y aspiró su aroma. La verja rodeaba los jardines de una pequeña iglesia de piedra. Su portal de madera estaba abierto y había luz dentro.
Con los pies doloridos, hambrienta y cansada, miró en el interior. La música la hizo entrar y la reconfortó. Reconoció las notas de una cantata de Bach, *Dei Gloria*.
Siguió avanzando. Los últimos rayos de sol iluminaban una vidriera de colores que representaba a Eva ofreciéndole la manzana a Adán. Un rayo de luz iluminaba al hombre que gesticulaba delante del coro. Su pelo claro brillaba en la incipiente oscuridad.
-¡No, no, no!- pidió silencio con gestos.
Sylvia parpadeó. La celestial transcendencia de la escena había sido interrumpida por un tono impaciente. La causa del evidente disgusto del director del coro le provocó curiosidad y se acercó más. Había escuchado la misma cantata en la iglesia de St. Martin in the Field, y sabía que aquel coro, con todas sus limitaciones, había hecho un trabajo encomiable. Se sentó en un

banco, en primera fila.
-Falta algo y no sé lo que es.
El director se pasó los dedos por el pelo rizado, despeinado, y se sentó ante el órgano. Tocó la melodía con un dedo, como un niño no instruido.
Ella arqueó las cejas.
El coro empezó a seguir el ritmo con los pies. Algunos hombres, era un coro masculino, tararearon las partes de los barítonos y los bajos.
-¡No sé qué es! -repitió el director, golpeando el teclado con la palma de la mano.
Las notas discordantes molestaron a Sylvia, que, haciendo una mueca, se puso en pie.
-Disculpe, pero parece que se ha olvidado del soprano.
Él se puso en pie de un salto y se giró a mirarla.
-¿El soprano?
-Sí, señor. Y es fundamental para conseguir la armonía completa de esta obra.
Ella misma había hecho el acompañamiento y se había dado cuenta de la omisión inmediatamente, pero no sabía cómo rectificarla, salvo que alguno de los muchachos del coro fuese un castrato.
-¿He olvidado el soprano?
La voz del director retumbó en la iglesia mientras se acercaba a ella.
Sylvia se quedó inmóvil, estaba temblando por dentro.
-Joven, sepa que no me he olvidado del soprano. Soy muy consciente del maldito soprano, muchas gracias. ¡El hecho es que no hay nadie en toda esta maldita ciudad que pueda hacer un maldito falsete!
-Ruego que me perdone si expreso mi desacuerdo- le respondió ella en tono intelectual. No soportaba la actitud de aquel hombre-. Yo soy capaz de cantar su maldito falsete.
El tipo se acercó más a ella, traspasándola con sus extraordinarios ojos azules.
-¿Puede hacerlo ahora?- le preguntó.
-Sin duda.”
-¿Estudia en St. Swithin? Soy maestro de música aquí y me habría fijado en un cantante de falsete si estuviese debidamente inscrito en el colegio.
Ella mantuvo la barbilla alzada. La situación podía volverse peligrosa.
-No soy estudiante. ¿Es obligatorio estar matriculado en alguna escuela de Oxford?
El hombre se había detenido delante de ella. La luz hacía brillar la barba dorada que cubría su fuerte mandíbula y el labio superior.
-Lo cierto es que no, señor. Entonces, no es estudiante de Oxford. ¿Y puedo preguntar cuál es su nombre?
-Syl… -respondió Sylvia, maldiciéndose.
Había estado a punto de confesar su verdadero nombre y de estropearlo todo. Porque aquel respetable y joven, porque no parecía tener más de veintiocho años, profesor de música la echaría de allí si descubría cuál era su verdadero género.
La estaba mirando fijamente. Sylvia se preguntó qué podía decirle.
Vaciló.
-¿Syl? ¿Se trata del diminutivo de Sylvester?”
-Ella asintió. Un diminutivo. Estupendo.
-Me llamo Sylvester… Dill.
-¿Syl Dill? -preguntó el director, que parecía divertido, pero aceptó su palabra-. Buenas tardes, Sylvester Dill. Yo soy Alan Maitland, diácono y maestro de música de la capilla y del colegio

universitario de St. Swithin.
“Maitland”. A Sylvia le dio un vuelco el corazón al escuchar aquel horrendo nombre. ¿Era posible que fuesen familia? Miró al maestro de música y decidió que era poco probable. El odioso vizconde tenía el pelo canoso y era achaparrado, mientras que aquel hombre era todo un Apolo.
Ajeno a su escrutinio, él había continuado hablando.
-Si puede hacer un falsete de soprano es bienvenido a mi coro, sea estudiante o no - le dijo, señalando hacia donde se encontraban los muchachos, colocados en ordenadas filas.
Ella dudó, consciente de su precaria situación.
-Ruego que me perdone, señor, pero…
-Es la segunda vez que lo hace.
-¿El qué?
-Rogarme que lo perdone. Concedido, señorito Dill.
Le gustaba hacer bromas, maravilloso, pensó ella en tono irónico mientras se aclaraba la garganta.
-Maestro Maitland, he llegado hoy a Oxford y no tengo hospedaje. Lo primero es lo primero, señor. Está cayendo la noche y debo encontrar un lugar en el que alojarme, alimento y la manera de financiar ambos.
-¡Bah! - Maitland quitó importancia a sus preocupaciones-. Si puede cantar un falsete de soprano, yo me ocuparé de su hospedaje, no se preocupe.
-¿Del hospedaje? No es suficiente - le contestó ella con cautela.
Él se frotó la barbilla, pensativo.
-Nuestro sacristán se ha retirado a vivir con su hija, en Devon. Si quiere, puede ocupar su lugar. Mantendrá la iglesia limpia a cambio de doce libras al año, en doce mensualidades, además de una habitación y la cena de los domingos.
Aquello la sorprendió. En un abrir y cerrar los ojos, lo tenía todo solucionado.
-Pero hay una condición.
Ella se quedó sin respiración.
-Debe hacer de tenor y de contratenor en el coro, y debe asistir a todos los ensayos y servicios.
Sylvia se relajó. Las obligaciones no eran arduas. Todas sus preocupaciones parecían resueltas.
Él clavó su mirada azul clara en ella.
-Ahora, demuéstrenos lo que sabe hacer, joven Dill.
Ella intentó tragar saliva porque, de repente, tenía la garganta muy seca. ¿*Cantar*? ¡Si casi no podía ni respirar!

Cerró los ojos, se tranquilizó. Vio en su mente una partitura: la cantata de Bach *Dei Gloria*. Abrió los ojos y asintió. El director volvió al órgano, tocó una única nota, que ella reconoció como el primer tono del soprano. Llenó los pulmones de aire y separó los labios.
A pesar de que estaba cansada, dio la nota a la perfección y cantó con seguridad. Oyó una leve vibración en su voz, sin duda, debida a la fatiga, e intentó empujar más aire desde el diafragma hacia la garganta. Notó que empezaba a dudar.
-¡Pare! -gritó el maestro.
A ella le dio un vuelco el corazón. Se sintió presa de la desesperación. Estaba cayendo la noche y solo tenía unos peniques en el bolsillo, no era suficiente para conseguir una cena ni una habitación. ¿A dónde iba a ir?
Miró a Maitland, desesperada.
Sus extraños, fríos ojos le sonrieron.

-¡Me servirá!
Ella suspiró.
-Y va a empezar ahora mismo. Ocupe un lugar en el coro. Aquí.
Le dio una copia de la cantata mientras los muchachos del coro arrastraban los pies para hacerle sitio.

*****

Cuando terminó el ensayo del coro, Alan decidió llevar al joven señorito Dill a cenar al Hawk and Dove, una casa de comidas situada en un sótano de Broad Street. Popular entre los estudiantes de Oxford, el Hawk and Dove servía gachas por la mañana y nutritivas sopas por la noche, y siempre tenía buen ambiente. Doce libras al año no era mucho, y Alan sabía que el señorito Sylvester Dill tendría que ser cuidadoso con lo que gastaba. Sin duda, visitaría con frecuencia aquel lugar.
No podía contener la curiosidad que sentía por el joven Dill. No parecía tener más de catorce años, pensó Alan mientras lo vio tomarse la sopa. Se fijó asimismo en sus modales, que eran impecables, y en su acento, propio de la clase alta. Llevaba puesto un traje gris pizarra caro y bien cosido, pero no estaba hecho para su delgado cuerpo. Los hombros de la chaqueta eran demasiado anchos y la cintura, demasiado grande.
"Tendré que engordarlo."
-Tome otro trozo de pan -dijo Alan.
Fuese cual fuese el secreto de Dill, el joven cantaba como si acabase salir de un coro celestial, y Alan estaba dispuesto a atravesar el purgatorio para que se quedase con él. Los secretos de Sylvester Dill no eran asunto suyo.
Tal vez fuese un chico amanerado que había escapado de la crueldad de Eton o de Harrow, pensó, mientras Syl se limpiaba los labios con la servilleta con refinamiento. Una gracia tan delicada no podía sobrevivir al sadismo de una escuela pública.
El tintineo de la voz de Dill interrumpió los pensamientos de Alan.
-Cuénteme más acerca de mi puesto, por favor, señor.
Alan sonrió. Aquel delicioso contratenor lo convertiría en la envidia de todos los directores de coros de Oxford. Estaba seguro de que St. Swithin por fin iba a ganar el concurso de aquel año.
-La semana pasada nos reunimos los diáconos y el vicario para discutir acerca de la necesidad de un nuevo sacristán. No encontramos candidatos apropiados, así que no tengo la menor duda de que el puesto será suyo. Su estatus, por supuesto, es provisional, hasta la siguiente reunión.
-¿Y cuándo será eso, señor?
-Dentro de una semana o dos.
Alan dudó, luego decidió que no tenía ninguna razón para hablarle al joven Dill de las peculiaridades del viejo vicario de St. Swithin. La política interna de la junta de diáconos tampoco era asunto del joven.
Dill absorbió aquella noticia mientras partía un pequeño trozo de pan con sus dedos blancos, delgados. Tenía las manos muy bien cuidadas para ser tan joven, como si hubiese tenido a su servicio un criado muy concienzudo. Alan lo vio doblar la servilleta y ponerse en pie.
-Gracias, señor -le dijo, recogiendo el sombrero y los guantes de la mesa.
Alan pagó y ambos salieron a la brumosa noche de Oxford.
Los zapatos de Syl hicieron ruido en la calle adoquinada.
-¿Dónde viviré, señor? -preguntó el muchacho en un hilo de voz, parecía preocupado.
Alan estudió la cabeza morena del chico, llevaba el pelo demasiado largo, nada a la moda,

recogido en la base del cuello, y no pudo evitar sonreír al verlo tan nervioso. Por primera vez, la idea de cuidar de alguien que no fuese él mismo, le gusto.
-No se habrá fijado en la casita que hay detrás de la iglesia. El vicario vive allí, lo mismo que el sacristán. La señora Horton va todos los días a cocinar y a limpiar, pero se espera que el sacristán mantenga su habitación recogida y se valga por él mismo cuando ella no esté.
-Entonces… ¿Tendré mi propia habitación?
Alan asintió.
-Eso es muy generoso. Gracias.
-Es una habitación sencilla en comparación con lo que está acostumbrado.
Syl levantó la cabeza de manera brusca y sus pálidas mejillas se tiñeron de rubor, visible a pesar de la débil luz de la luna a través de la niebla.
-Por favor, señorito Dill, es evidente que es usted de alta alcurnia.
Alan abrió la verja de hierro forjado que daba al jardín de la iglesia.
-Pero no tiene de qué preocuparse, sus secretos están a salvo conmigo.

Capítulo 2

Sylvia lo siguió, aturdida. ¿Cuánto habían adivinado los inteligentes ojos azules de Alan Maitland? Se puso el sombrero. Cuanto menos pudiese ver aquella mirada penetrante, mejor, porque Maitland no tenía ningún motivo para proteger el misterio de “Syl Dill”.
Trotó detrás de él por el jardín de la iglesia, un antiguo camposanto, descuidado y poblado de rosas llenas de espinas. Sylvia volvió a oler su perfume, condensado en las gotas de rocío que se habían posado en sus mejillas. Se limpió una gota de la nariz y aspiró su olor.
-También tendrá que cuidar de las tumbas y del camposanto.
Maitland avanzó por un camino empedrado salpicado de malas hierbas y dientes de león.
-Nuestro viejo sacristán se había quedado muy débil y había descuidado este lugar.
Ella se quedó perpleja. Había observado con frecuencia a los jardineros de la granja de los Dillworth podar plantas y árboles. Había recogido algún ramillete de flores ella misma, pero no sabía cómo cuidar un jardín.
-¿Hay herramientas a mi disposición, señor?
-Las hay -dijo Maitland, señalando hacia su izquierda-. No se ve esta noche porque hay mucha niebla, pero hay una caseta al fondo. Allí encontrará palas, guadañas y todo lo demás.
-¿Buzos y guantes?
A Sylvia le preocupaba su ropa. Solo tenía un traje y no sería suficiente si tenía que trabajar en el jardín.
-Sí.
A pesar de ser positiva, la respuesta no la tranquilizó. Tendría que encontrar la manera de comprar otras ropas, pero los pocos peniques que le quedaban no eran un buen augurio para su vestuario.
Maitland se acercó a una construcción de piedra, ladrillos y madera situada detrás de la iglesia. Abrió la puerta y utilizó su pedernal para hacer luz antes de hacerla pasar.
La única vela que había encendido iluminó una entrada pequeña, de paredes encaladas, que daba a la izquierda a un salón. Alan señaló con la cabeza hacia una puerta cerrada que había a la derecha.
-Esa es la habitación del vicario. Hoy es su día libre, por lo que ha ido a casa de su hija en Ramsey. Lo conocerá a su vuelta.
-¿Qué tal carácter tiene, señor?
Sylvia no sabía si el vicario aprobaría la elección de sacristán de Maitland.
-Su carácter es... muy bueno.
Alan Maitland siguió andando hasta la puerta que tenían delante, que daba a la cocina, pequeña y primitiva.
-Es un hombre mayor, que podrá parecerle algo excéntrico, pero el reverendo Peckham es un entrañable hombre de Dios. Se llevará bien con él siempre que cumpla con sus obligaciones de mantener la iglesia y los jardines limpios.
El maestro llevó la vela hasta otra mecha, que prendió e iluminó un viejo fogón y una pileta.
-Todo lo necesario está fuera, pero hay agua canalizada. Puede calentarla al fuego para lavarse, y llevarla a su habitación, que está aquí.
Las dependencias del sacristán, situadas en la parte trasera de la cocina, consistían, como Maitland le había anunciado, en una pequeña alcoba con una cama estrecha, un tocador y una

silla. Encima del tocador había un aguamanil de porcelana descascarillado, decorado con enormes rosas pintadas, a juego con un cuenco.
Pequeña, pero impecable, la habitación recibió su tentativa aprobación. Sylvia fue hasta la cama para probarla. El colchón se hundió bajo su mano, olía a limpio.
Se giró. Maitland había encendido una vela en el tocador y todavía tenía otra en la mano. La suave luz realzaba las facciones de su rostro: los pómulos marcados, la barbilla firme y la mandíbula cuadrada. El bigote dorado brillaba, mientras que los extraordinarios ojos quedaban en la oscuridad.
Parecía un ángel increíble, misterioso, rescatador. Toda la situación tenía un aire fantástico. Solo había pasado un día desde la debacle en el salón de la reina, pero a Sylvia le parecía una eternidad.
Se dio cuenta de que había empezado una vida nueva. Tragó saliva.
-Muchas gracias, señor, por su amabilidad.
Él arqueó una ceja y aquel gesto tan cotidiano restauró el sentido de realidad.
-Tengo la sensación de haberle sacado de un cierto aprieto.
Ella sonrió.
-Así es, y le agradezco que respete mi intimidad.
-Confío en no haber empeorado su situación, -le respondió el maestro, suspirando.
-En absoluto.
-Envíele un mensaje a su familia para que sepan que está en lugar seguro.
Sylvia se sintió culpable. Había estado tan absorta en sus propias preocupaciones que no había pensado en ningún momento en sus padres. Había dejado una nota en la que les había informado de su intención de buscar su propio lugar en el mundo, pero sabía que Alan Maitland tenía razón. Sus padres estarían preocupados, y era fácil aliviar su inquietud con una sencilla carta.
Sin embargo, no quería que Maitland supiese que este era el caso. Podían surgirle dudas e intentar obtener información acerca de ella. A Sylvia no le gustaba mentir, pero tal vez dar algo de información errónea no estuviese tan mal.
-Teniendo en cuenta la...situación, señor... Dudo que nadie me eche de menos.
Hizo una mueca. Aquello estaba muy lejos de ser verdad. La echarían de menos. no obstante, Sylvia quería creer que lady Mary se daría cuenta de que la vida era más sencilla sin una hija díscola que avergonzaba a la familia a la menor oportunidad.
Aquella explicación pareció tranquilizar a Maitland.
-Buenas noches, entonces -se despidió, y se marchó con su vela.
Ella lo siguió hasta la cocina, donde sopló los rescoldos acumulados para avivar un pequeño fuego del hornillo y calendar agua. Por suerte, había visto hacer aquello a los sirvientes muchas veces y la tarea resultó ser muy simple.
Tras calentar el agua, llevó la tetera a su habitación para verterla en el aguamanil y en el cuenco. Se quitó la ropa y suspiró aliviada. Había utilizado una de las corbatas almidonadas de su hermano para vendarse los pechos y el tejido había hecho que le picase la piel. Se lavó la cara y el torso y se secó con uno de los suaves paños que encontró en un cajón, luego, usó el agua para quitar el almidón de la corbata. También lavó el pañuelo que había llevado al cuello, lo escurrió y colgó ambas prendas del respaldo de la silla para que se secaran.
Al día siguiente encontraría una plancha. ¡El señorito Dill no volvería a utilizar almidón!, se prometió. Sylvester Dill no necesitaba vestir a la moda. Su estilo sería limpio y discreto.
Cuando terminó de asearse, colgó la ropa en los cajones abiertos de la cómoda y se metió en la cama para escapar del frío de la habitación. Era la primera vez que se acostaba sin que le

hubiesen calentado las sábanas. Levantó los pequeños pies helados hasta su trasero y se hizo un ovillo debajo de la sábana, la manta y la colcha.
Frotó su piel desnuda contra las viejas y raídas sábanas. Siempre había dormido con camisón. Las sábanas suaves le acariciaron la piel, la envolvieron y fueron entrando en calor. Sylvia se sintió libre y relajada sin el confinamiento del camisón. Enterró el rostro en la almohada y se dispuso a descansar.
¿Quién era Alan Maitland? Evidentemente, un caballero a pesar de cómo le había hablado cuando ella le había sugerido que se había olvidado del soprano. Sylvia ya había visto reaccionar antes a alguien con aquella intensidad. Su propio maestro de música había tenido aquella energía casi incontenible. Las personas con talento podían experimentar frustraciones únicas, reflexionó, cuando el mundo no estaba a la altura de las exigencias de su imaginación.
Alan Maitland. Sylvia se preguntó dónde y cómo viviría, y quién era. Tuvo la sensación de que ocultaba tantos secretos como Sylvester Dill.
Entonces, la envolvió el sueño y ya no se hizo más preguntas.

*****

Un grito sacó a Sylvia de su letargo. Se incorporó con la sábana tapándola hasta los hombros y parpadeó, confundida, ante la tenue luz del amanecer que inundaba la habitación. Se frotó los ojos y, al girarse, vio a una mujer robusta, vestida de color verde oscuro, con una cofia y un delantal blancos.
-¡Asesinos! ¡Bandidos! ¡Podían habernos violado en nuestras propias camas! -exclamó mientras avanzaba blandiendo una sartén de hierro en el aire.
Sylvia se encogió contra las almohadas y vio pasar la sartén muy cerca de su nariz.
-¿Disculpe?
-¡No se haga el pretencioso conmigo! Todavía tiene que hacer un día de frío en medio del verano antes de que un asesino de Oxford venza a Emma Horton. ¿Dónde está la prostituta?
Se acercó a la cómoda y miró detrás.
Emma Horton. Sylvia pensó que aquel nombre le resultaba familiar. Ya. Maitland había mencionado a una criada apellidada Horton.
-Disculpe, usted debe de ser la criada. Yo soy Syl Dill, el nuevo sacristán.
Horton se puso recta, hacienda que se movieran sus enaguas.
-Supongo que no tiene experiencia en el puesto, ¿no? ¿Quién le ha contratado?
-El señor Maitland. Y le aseguro que soy capaz de hacer todo tipo de trabajos.
“Sobre todo, si eso implica tener un techo sobre la cabeza y el estómago lleno.”
La criada resopló. Su gesto de altivez se vio estropeado por aquella nariz afilada, las mejillas coloradas y los cabellos rojizos y rizados que asomaban por debajo de la cofia.
-Ya veremos. ¡Espabile, qué no tengo todo el día!
Tomó airadamente el caldero que Sylvia había dejado sobre la cómoda.
-El té y las gachas de avena estarán listos en un minuto -le dijo antes de salir de la habitación dando un portazo.
Sylvia se incorporó y se llevó una mano al pecho mientras absorbía las palabras de la señora Horton. La situación era mejor de lo que había cabido esperar. La criada le había ofrecido desayunar a pesar de que la propuesta de Maitland solo había incluido una comida a la semana. Excelente.
Sacó las piernas de la cama y sus pies tocaron el suelo helado de piedra. Dio un pequeño grito y volvió a meterse debajo de la cálida colcha. Entonces, pensó que tenía que ser valiente si no

quería perderse el desayuno. Se puso los pantalones, se vendó el pecho y se tapó con la camisa, intentando ignorar la humedad que lo impregnaba todo. Dio gracias por todo lo que tenía. A pesar de que estaba fría, la corbata que envolvía su pecho era más cómoda que el corsé que solía vestir.
Se pasó los dedos por el pelo y se lo recogió con un sencillo lazo negro.
Miró los zapatos con el ceño fruncido. Tendría que comprar unas medias más gruesas para que no le rozasen tanto.
-Tenía que haberme traído mis botas -murmuró, tocándose la herida que tenía en el talón.
No pasaba nada. Se conformaría con lo que tenía.
Salió a toda prisa de la habitación y chocó contra un hombre vestido de negro desde la peluca rizada hasta los pies. Tenía la espalda encorvada debajo del viejo traje y la estudiaba intensamente con sus ojos legañosos.
-¡Eh! ¡Eh! ¿Quién es? -inquirió, agarrándole el hombro con su huesuda mano.
-Soy Sylvester Dill, el sacristán.
Sylvia intentó zafarse de aquellos dedos que atravesaban la fina tela de la camisa de batista, pero no lo consiguió.
-¿El sacristán? No lo creo -replicó el viejo espantapájaros mirando fijamente a Sylvia-. Nuestro sacristán es mucho mayor. Qué raro, un muchacho aquí. ¡Horton!
Emma Horton salió de la cocina.
-¡Ah, reverendo Peckham!
Sylvia vio sorprendida cómo Horton, que no debía de tener más de treinta primaveras, sonreía al viejo de manera zalamera.
Este ignoró su tono dulzón.
-¿Quién es este? -inquirió sin soltar el hombro de Sylvia.
-Es el señor Dill, me han dicho. Maitland ha contratado al joven Dill para sustituir a Crowell -le informó ella.
-¿Y Crowell? -preguntó el reverendo.
-El señor Crowell nos ha dejado. ¿No se acuerda?
-¿Que nos ha dejado Crowell? ¿Cómo es eso posible?
-Horton suspiró y miró al viejo con exasperación.
-Crowell se ha ido a Devon. Necesitábamos un nuevo sacristán y Maitland ha escogido a Dill.
-¿Crowell se ha ido al cielo? ¡Dios santo!
-Al cielo, no, a *Devon*. Se ha marchado a la granja que su hija tiene en Devon. ¿No se acuerda, señor?
-Ah, sí. Ya me acuerdo.
-El viejo miró a Sylvia, que intentó adoptar el aspecto de un sacristán sensato y responsable. Le resultó complicado porque nunca había conocido a un sacristán.
-Este es el reverendo Peckham, el vicario -le dijo Horton a Sylvia.
Ella levantó la barbilla y miró a Peckham muy seria. Él la estaba estudiando de arriba abajo.
-¡Ejem! ¡Es ciertamente peculiar! ¿Dónde está el desayuno, Horton?
El reverendo soltó el hombro de Syl y pareció olvidarse de ella de repente.
-Esperándolo en el comedor, señor.
El hombre asintió y se dirigió hacia aquella habitación.
Sylvia volvió a respirar. Otro obstáculo librado sin tropiezos.
En el último momento, el reverendo Peckham se giró hacia ella con el ceño fruncido.
-¡Señorito! ¡Dill!

Ella se puso tensa.
-Abróchese bien. ¡Da la sensación de que acaba de salir de detrás de un arbusto!
La puerta se cerró con un golpe detrás de Peckham y ella bajó la vista. Se había abrochado los botones del pantalón con tanta prisa que había dejado un hueco en la bragueta. Notó calor en las mejillas al darse cuenta de que la ropa interior que había tomado prestada de su hermano había quedado expuesta al mundo. Por suerte, allí solo estaba Horton.
La carcajada de la criada persiguió a Sylvia por el pasillo mientras se apresuraba a volver a su habitación. Una vez allí, cerró la puerta y se dejó caer en la estrecha cama. Enterró el rostro acalorado en la fría almohada y se preguntó cómo se le había podido ocurrir llevar a cabo semejante locura. Sin duda lo averiguaría a la luz de aquel nuevo día.
Era una suerte que el viejo reverendo Peckham estuviese medio ciego y, no obstante, se había dado cuenta de que llevaba los pantalones mal abrochados. Tal vez pudiese engañar a Peckham, pero ¿cómo iba a escapar de la crítica mirada de Alan Maitland? Sus penetrantes orbes atravesarían el disfraz. Y cuando Horton se fijase bien en el falso señorito Dill, el juego llegaría a su fin. La criada no parecía tener ni un ápice de bondad.
Sylvia contuvo las lágrimas e intentó consolarse pensando que su huida a Londres la había hecho recapacitar. Tal vez no estuviese todo perdido. Muchas mujeres habían logrado hacerse pasar por hombres, o eso había creído Shakespeare. Pensó en las representaciones de *Como gustéis* y *El mercader de Venecia*. Si Rosalinda y Portia lo habían conseguido, Sylvia Dillworth lo conseguiría también.

***

Con los pantalones debidamente abotonados, Sylvia avanzó con cautela por el pasillo con el sombrero y los guantes en la mano. Oyó a Horton charlando con el reverendo en el comedor a través de la puerta cerrada. Aliviada, entró en la cocina. Se sirvió gachas y té, a los que añadió leche y azúcar. Se puso el sombrero, hundió una cuchara en la avena y lo llevó todo la entrada encalada para disfrutar de un solitario desayuno.
La neblina matutina empezó a dispersarse mientras comía, descubriendo un descuidado jardín. La maraña de rosas rojas y blancas que se enroscaban a la vieja verja de hierro se extendía por todo el suelo, engalanando las viejas lápidas de piedra con zarzas. Hizo una mueca al ver un monumento envuelto en espinosos tallos e imaginarse sus manos destrozadas. Tendría que ir cuanto antes a investigar qué había dentro del cobertizo que se encontraba en la parte trasera de la propiedad. Esperaba que la ropa y los guantes que había allí fuesen los apropiados, aunque no sabía mucho del tema. Tampoco sabía por dónde empezar. En ese momento fue consciente de que no había trabajado en toda su vida.
Volvió con el cuenco vacío a la cocina y se sirvió otro té con leche y azúcar. Después, fue a inspeccionar el camposanto.
La zona más alejada seguía envuelta en niebla y al fondo había un mausoleo de piedra gris. Sylvia avanzó por el camino lleno de malas hierbas con mucho cuidado para no resbalar. Se inclinó e intentó leer lo que ponía en una de las lápidas, cubierta por musgo. Imposible, y no quería estropear su único par de guantes para limpiarla.
Posó la taza de té en otra lápida antes de rozar la piedra con el tacón para descubrir sus secretos. *Oliver Whiting, Querido profesor, 1640—1711.* Aquel hombre había vivido y había fallecido más de un siglo antes. Vaya. Sylvia se preguntó cuántos años tendrían las lápidas más antiguas y supo que lo descubriría cuando les quitase el moho, el musgo y el liquen.
Se le aceleró el pulso. A pesar de que los idiomas y la música eran sus amores verdaderos, le emocionó la idea de explorar aquel lugar, tan lleno de pasado. Tal vez el reverendo o el maestro

Maitland conociesen la historia de la iglesia y de las personas enterradas allí.
¿También se esperaría de ella que trabajase como sepulturera? ¡Santo cielo! Se estremeció. No era supersticiosa, pero si los espíritus y los fantasmas estaban allí, tendrían su morada en algún lugar de aquel brumoso y descuidado cementerio.
Miró hacia el mausoleo gris. Un cuervo, posado en la parte más alta, la observó con sus maléficos ojos amarillos. Después, echo a volar, batiendo sus alas negras, pesadas. Ella sintió miedo. Los cuervos eran heraldos del mal, o eso le había oído decir ella a una de las criadas.
Oyó el ruido de unas botas golpeando el camino de piedra y se sobresaltó. Se maldijo y esperó no haber reaccionado como una niña pequeña.
Alan Maitland, vestido con un gabán y pantalones de color beige, se acercó a ella. Sylvia se caló el sombrero y agarró con fuerza la taza para calmar sus temblorosas manos.
Él no pareció notar nada extraño.
-Buenos días, señorito Dill. ¿Cómo se encuentra en esta mañana gris y fría?
-No sé qué decirle, señor. Veo que tengo un… trabajo monumental por delante.
Sylvia miró por encima de su hombro, hacia donde estaba el mausoleo.
Él se echó a reír, enseñando los blancos dientes.
-Motivo de más para empezar cuanto antes. Impresionará a los otros diáconos si empieza con buen pie en este campo lleno de maleza.
Maitland miró a su alrededor mientras hablaba.
-En ese caso, lo hare ahora mismo, señor.
Sylvia dio un sorbo al té y agradeció que estuviese caliente.
-¿Es eso un té?
De repente, Alan parecía más cercano. Fue como si el deseo de otra persona de una taza de bebida caliente y dulce pudiese acercarlos.
-Sí. La criada ha sido muy amable y me ha ofrecido té y gachas -le contó ella.
Él pareció satisfecho.
-Tenía la esperanza de que lo hiciera. Horton es una buena persona. Habla demasiado, pero siente debilidad por los chicos. Algo de desayuno todos los días nunca viene mal, ¿no?
Ella asintió.
-¿Quiere un té? Me parece que todavía queda en la cocina.
-No hace falta. Ahora, vamos a empezar.
Avanzó por el camino que llevaba hasta el cobertizo del jardinero, al final del camposanto. Allí, las zarzas que dominaban el cementerio se habían diluido hasta convertirse en una hierba baja que permitía el acceso al pequeño y destartalado cobertizo.
La puerta de madera chirrió al abrirse, recordándole el graznido del cuervo. Sylvia miró en el oscuro interior. Santo Cielo. ¿Eran aquello arañas? Se alegró de llevar puestos los guantes.
Controló su imaginación. No podía mostrar ninguna debilidad en esos momentos, se advirtió.
Entró en el cobertizo detrás de Maitland y chocó con él en la oscuridad. Le resultó deliciosamente fuerte y viril, y tuvo que hacer un esfuerzo para no agarrarse a su manga.
Se dio cuenta de que nunca había estado a solas con un hombre, salvo con su padre, su hermano y… Alan Maitland. Tomó aire. Olía a moho y a barro, a polvo y a humedad, y a un tranquilizador y masculino aroma a cuero y a algo más que no podía definir. Olía a Alan Maitland. Respiró hondo. Tenía el pulso acelerado, retumbándole en los oídos. A pesar de que seguía haciendo frío, sintió calor debajo de la ropa de hombre que llevaba puesta y fue consciente del roce de la tela entre los muslos.
Volvió a tomar aire con la intención de calmar su corazón, después, estornudó y buscó un

pañuelo inexistente en su bolsillo.
-Tome -le dijo Alan, buscando en su gabán-. Puede usar mi pañuelo.
Ella enterró el rostro en el gran pedazo de lino y volvió a estornudar.
-Oh, caramba -exclamó, buscando en su mente una palabra más masculina.
¿Qué decía James cuando se veía asaltado por los estornudos? Se obligó a poner voz más ronca.
-¡Diablo!
Alan arqueó las cejas.
-Lo siento -le dijo ella, volviendo a cubrir su rostro-. Eh… ¿Dónde están las herramientas y lo demás?
No veía mucho en la oscuridad.
-Aquí.
Alan señaló hacia un soporte montado en una de las paredes de madera, en el que había rastrillos, palas, picos, azadas y otros instrumentos. También había cizallas de jardinero colgadas de unos ganchos junto a un par de gruesos guantes de cuero.
Sylvia tomó un guante y lo sacudió, hacienda caer suciedad y polvo de la burda y agrietada superficie. Sin quitarse sus propios guantes, metió la mano dentro. El guante le quedaba enorme.
-Umm. Supongo que tendrá que valer. ¿Dónde está la ropa?
Alan Maitland señaló al otro lado del pequeño cobertizo.
-No la veo. Supongo que Crowell se lo llevó cuando se marchó a Devon.
Ella separó los labios para protestar, pero le dio tiempo a cambiar de expresión.
-¡Maldición!
Él se echó a reír.
-Tome -le dijo, sacando media corona del bolsillo y lanzándosela.
Por suerte, Sylvia la atrapó y se la metió en el bolsillo interior de su Abrigo.
-Muchas gracias, señor.
Maitland se encogió de hombros.
-Considérelo un anticipo de su salario. Compre ropa resistente. Hay varias tiendas en Broad Street, cerca de donde estuvimos anoche.
La puerta de madera crujió cuando la abrió para salir.
Sylvia lo siguió y, preocupada, se dio cuenta de que la niebla había desaparecido. Se caló más el sombrero y se mantuvo oculta entre las sombras del cobertizo.
Alan, que ya había echado a andar por el camino, se giró a mirarla.
-Pero no llegue tarde al ensayo del coro. Nos veremos mañana a las cuatro en punto de la tarde.
Sylvia lo vio dirigirse hacia la vicaría y suspiró aliviada. Había sobrevivido a otro encuentro con el maestro de música.
Salió silbando del camposanto para dirigirse a la ciudad de Oxford.

Capítulo 3

Tras dejar al señorito Dill, Alan incordió a Horton para que le preparase una taza de té. Entonces, fue a ver al reverendo Peckham a su despacho. Alan sabía que el anciano pasaba una o dos horas allí todos los días, trabajando en sus sermones antes del almuerzo.
-¿Qué tal va el día, Bevil?
Habló a propósito en voz muy alta para sacar al vicario de su sopor.
-¡Ejem!
Peckham alzó la barbilla en cuanto la estridente voz de Alan lo sacó de su aturdimiento.
Alan sonrió. Jugarle chanzas a Bevil Peckham era uno de los muchos placeres de su puesto. Bevil era un viejo entrañable, muy testarudo, pero trabajaban bien juntos.
-Buenos días, amigo.
Alan se dejó caer sobre una mecedora que había cerca del escritorio de Bevil.
-¡Ejem! ¡No puedo decir que esté complacido con usted, compañero!
Alan se mantuvo imperturbable.
-¿Qué le ocurre, gruñón?
-¡Ese muchacho! ¡Dill! ¡Hay algo extraño en él!
-¿Qué tiene de extraño el joven Dill? -preguntó Alan tras darle un sobro a su té.
Bevil lo miró por encima del escritorio.
-¿Es eso té? ¡Horton! -se giró y sacudió una campanilla-. ¿Dónde se ha metido esa holgazana?

Horton entró enseguida, con un plumero en la mano.
-¿Qué se le ofrece ahora, estimado señor?
Alan se cubrió la boca para que ninguno de los tortolitos viese la sonrisa que sabía que adornaba su rostro. Era vergonzoso ver cómo Horton hacía que el viejo Peckham comiese de su mano. Sin embargo, Alan admiraba el modo en que se aseguraba su puesto. La criada no era nada tonta.
-¿Dónde está mi té? -preguntó el párroco en tono quejumbroso-. ¿Cómo es posible que Maitland tenga té y yo no?
-Su té está aquí mismo, señor -canturreó ella, acercando una taza con su platillo desde la esquina del escritorio y hasta la mano del vicario-. Tal y como le gusta.
-¡Te puedes marchar!
Horton se dio la media vuelta y salió balanceando las faldas de su falda mientras Bevil bebía el té. Después, el reverendo levantó de nuevo la cabeza.
-¡Bueno! ¡El muchacho huele a chamusquina!
Alan suspiró. Había tenido la esperanza de que Bevil se olvidase de Sylvester Dill con el té.
-El chico necesitaba alojamiento, y me pareció lo suficientemente respetable.
-Me resulta sospechoso. ¿De dónde ha salido?
-No estoy seguro -respondió Alan, que odiaba admitir que no sabía nada de los antecedentes de Syl-. Lo único que sé es que canta como los ángeles.
Bevil arqueó los labios, dibujando algo parecido a una sonrisa.
-Tenía que haber sabido que se trataba de algo así. ¿Necesita al muchacho?
-Sí.
-No puedo decir que confíe en él. Su mirada es furtiva.
Bevil dejó la taza en el escritorio, dejando caer té en el platito.

-No tengo ningún motivo para dudar de su honestidad -le respondió Alan.
-No me gusta. ¿Y si roba de la iglesia?
-¿Y qué iba a llevarse? ¿Por qué?
-Podría robar del cepillo.
Alan frunció el ceño.
-Es bastante educado, eso está claro. No me imagino al señorito Dill robando.
-Póngalo a prueba. ¡Yo lo haré!
-¿Probarlo? ¿Cómo?
Bevil frunció el ceño.
-¡No se lo diré! Pero confío en que no rechace lo que le voy a preparar si lo tiene delante de las narices. ¡Apueste lo que quiera, Maitland!
-¿Apostar acerca de la honestidad de otro hombre? ¡Qué sonrojo, Bevil!
-¡Ja! -Bevil se echó hacia atrás en su sillón-. ¿No recoge el guante? Tal vez el muchacho no sea un santo, al fin y al cabo.
Alan suspiró. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó un billete doblado y lo tiró sobre la mesa.
-De verdad, lo de sus apuestas es terrible. ¿Cuánto perdió en Newmarket la semana pasada?
Bevil parecía avergonzado.
-Fue muy inteligente poniendo la excusa de ir a visitar a su hija -añadió Alan.
-Era una apuesta segura -protestó Bevil-. Me lo dijo el diácono Tetworth.
-Tetworth es un lunático. Apostaría por qué tiempo va a hacer o por el número de pecas que una niña tiene en la espalda -comentó Alan, poniéndose en pie-. Verá como Sylvester Dill es un tipo honesto.

*****

Mientras caminaba por High Street, sonriendo, con las manos metidas en los bolsillos, Sylvia disfrutó de una nueva sensación de libertad. Era un día soleado y ella se sentía liberada. No podía dejar de comparar su suerte con el destino, del que había escapado por poco, de un horrible matrimonio de conveniencia con algún hombre de su clase venido a menos. Se puso a saltar y varias personas se giraron a mirarla y arquearon las cejas. Dejó de hacerlo, no por vergüenza, sino por miedo, y se recordó que no debía llamar la atención.
Se caló más el sombrero para ocultar su rostro, pero había dado un par de pasos más cuando, sin querer, se puso a silbar. ¡A silbar! Era un pasatiempo por el que la habían reprendido porque no era digno de una señorita, como reír a carcajadas, utilizar términos malsonantes y subirse a los árboles. Ya podía divertirse como quisiera. Sonrió todavía más. Decidió tomarse su tiempo escogiendo la ropa de trabajo, ya que tenía que administrarse bien. Se dio cuenta de que no tenía hábitos de economía, algo natural para muchos, y que tendría que aprender nuevas habilidades y maneras de pensar.
Las grandes, espaciosas y elegantes tiendas de Broad y High Street—tiendas que lady Sylvia Pauline Markham Dillworth no habría dudado en frecuentar—no eran para el maestro Sylvester Dill, sacristán en periodo de prueba y contratenor de la iglesia de St. Swithin. Se metió en una callejuela en la que esperaba encontrar comercios más populares, pero aquellos lugares le parecieron todavía más divertidos, sobre todo, al regatear con los tenderos para comprar ropa de segunda mano, pero limpia. Necesitaba otro par de pantalones decentes y una camisa o dos. Tendría que conformarse con el abrigo y el chaleco que le había tomado prestado a su hermano para las ocasiones en las que tuviese que aparecer más o menos bien vestida: como cuando fuese

a ensayar con el coro o durante los servicios religiosos. Y tenía que encontrar también ropa de trabajo para limpiar el camposanto. Ese sería su estilo habitual.
Medias gruesas. Guantes de trabajo. Zapatos resistentes, pero cómodos. No volvería a llevar bailarinas apretadas ni tirantes asfixiantes. Paños y unos pantalones oscuros y ajustados para los días que tuviese la menstruación, dio gracias a su madre, que también tenía periodos ligeros.
Hizo un hatillo con una de las nuevas camisas de segunda mano y lo aseguró con una corbata usada, pero limpia. Entonces, salió de la tienda…
...y se dio de bruces con su hermano. Fue tal el golpe que a Sylvia se le cayó el sombrero y, en vez de desmayarse, se inclinó a recogerlo, ocultando así su rostro. Tenía el corazón a punto de salírsele del pecho y no podía respirar.
James, que iba en compañía de otros muchachos, continuó andando por la calle adoquinada como si no hubiese ocurrido nada. Ella se puso recta y se quedó mirándolo. James iba riendo con sus amigos, con el pelo moreno brillando bajo la luz del sol.
Sylvia se sintió mal. Echaba de menos a su familia más de lo que había esperado. Respiró hondo y se dijo que era normal que se hubiese encontrado con James. Oxford no era tan grande. Era inevitable, sin embargo, había esperado encontrárselo más adelante, ya que James estudiaba en Magdalen College, muy lejos de la iglesia de St. Swithin. Sylvia había dado por hecho que, dada la cantidad de jóvenes que había en la ciudad, las posibilidades de encontrarse con él eran pocas, pero se había equivocado.
“No importa”, le dijo a su desbocado corazón. Había pensado que, si se encontraban de frente, James la reconocería. ¡Cómo no iba a reconocer a su melliza! Pero ni siquiera la había mirado.
No sabía cómo sentirse al respecto. Como mellizos, habían sentido en muchas ocasiones el dolor de la separación, en especial, cuando habían enviado a James a Harrow. Sylvia lo había visto cada vez con menos frecuencia y, a cada ocasión, había tenido la sensación de que su hermano estaba más distante.
Volvió a respirar profundamente, recuperó la compostura, y echo a andar para encontrar un lugar desde el que enviar una carta a sus padres. Entonces, se detuvo. Había tenido suerte una vez, pero no sabía lo que podía depararle la fortuna.
Encontró un barbero y se gastó un par de peniques en cortarse el pelo, después, escribió una breve nota a sus padres y se la envió. La ajetreada mañana terminó en una panadería. Solo tenía derecho a la cena del domingo y, a pesar de que Horton le había dado el desayuno, Sylvia no sabía si su generosidad se iba a extender a tres comidas diarias, así que compró una hogaza de pan y mantequilla. Con un poco de suerte, conseguiría que le durase toda la semana.

*****

En la mansión que los Dillworth tenían en Bruton Street reinaba la consternación. La ausencia de Sylvia no había sido descubierta hasta el mediodía posterior a su desastrosa aparición en la corte. La criada se había asomado a su dormitorio por la mañana temprano, había visto el bulto formado por las almohadas debajo de la colcha y había dado por hecho que Sylvia estaba durmiendo más de lo habitual. La joven había encendido la chimenea y había salido del dormitorio intentando no hacer ruido, y no había visto la nota que Sylvia había dejado encima de la cómoda.

Queridísimos mamá y papá:
Sé que no soy la hija casadera que queréis. En vez de continuar intentándolo sin éxito, prefiero marcharme y buscar un destino mejor.

Con cariño de vuestra hija,
Sylvia

A pesar de que el grito de miedo y desolación de lady Mary debía de haberse oído hasta en Kent, su marido había intentado consolarla.
-Suele ocurrir que las jóvenes tienen ideas absurdas en la cabeza. Enviaré un mensaje a la granja, y tú busca en las casas cercanas, a ver si alguna tiene una criada nueva.
Mary clavó la vista en la cama deshecha de su hija y se negó a tranquilizarse.
-¡No puedo preguntar a los vecinos! ¡Piensa en el escándalo!
Dill se quedó pensativo y se frotó la barbilla.
-Tendremos que contar que se ha marchado a Kent, umm, por motivos de salud -continuó ella.
-Entonces, ¿cómo vamos a encontrarla? ¿Cómo vamos a buscarla si no podemos contarle a nadie que se ha marchado de casa?
-Tendremos que contratar a los Bow Street Runners -decidió lady Mary-. Y pagarles bien para que mantengan la boca cerrada. Si no, ni Forth ni Maitland querrán casarse con ella.
Él suspiró.
-Estoy preocupado, Mary.
Su esposa se acercó y apoyó la cabeza en su pecho.
-Yo también, pero es una chica inteligente…
-En mi opinión, demasiado inteligente -musitó Dill, abrazándola.
-Sí. No ha tenido ninguna dificultad para escaparse -a Mary se le quebró la voz-. ¡Oh, Dill, podría estar en cualquier parte!
-Por supuesto que no. Estoy seguro de que sigue en Inglaterra.
Mary levantó la cabeza para mirarlo.
-Es probable que siga en Londres. Debemos contactar a nuestros amigos… -añadió él.
-¿Cómo? ¿Cómo vamos a hacer sin dar lugar a un escándalo?
-¡Almack's! -exclamó Dill sonriendo-. Estarán todos en el club. Si preguntan…
Mary frunció el ceño
-Será el que no pregunte quien le esté dando cobijo.
-Sí, eso es -Dill asintió-. Quien no sepa nada, preguntará por ella. Quien sepa algo…

***

La visita a Almack's fue peor de lo previsto. Nadie sospechó que Sylvia había desaparecido, pero todo el mundo se preguntó por qué los Dillworth habían ido sin su hija. Al fin y el cabo, y mal disimulado, ese era el objetivo de asistir al club, emparejar a jóvenes de la misma posición.
Y a la mañana siguiente, Dill volvió a despertarse con otro grito.
-¿Qué ocurre ahora, querida? -le preguntó a lady Mary, parpadeando.
-¡Tu hija! ¡Tu hija!
Mary llevaba un papel en la mano.
-¡La muy descarada nos ha mandado una carta!
-Deja que la vea.
Dill la leyó en voz alta: *Queridísimos mamá y papá, ¡me encuentro en una situación maravillosa! ¡Tengo alojamiento, comida y doce libras al año!*
Mary gimió y después se dejó caer en la cama de Dill.
-Piensa que doce libras es una cantidad de la que sentirse orgullosa. ¡Imagina! ¡Es hija de un conde y vale una fortuna!

Él arqueó una ceja.
-Yo todavía no pretendo estirar la pata, querida.
Continuó leyendo: *Ya no tenéis que preocuparos más por mí. Os quiere vuestra hija, Sylvia*.
Mary empezó a sollozar y enterró el rostro entre las manos.
-¿Cuánto era el franqueo? -le preguntó Dill.
Ella alzó la cabeza, tenía las mejillas coloradas.
-¿Qué más me da?
-Es una pista -le explicó su marido, tocando una campana-. Si viene de lejos, será más costoso.
El mayordomo les informó de que enviar la carta había costado cinco peniques.
-¿Lo ves, querida? -le dijo Dill a su esposa-. Es un franqueo de Kent. No puede estar muy lejos.
-Oh, ¿de verdad lo piensas, querido? -preguntó Mary, que seguía sollozando.
-Sí, de verdad -le aseguró él-. Le enviaré un mensaje a nuestro administrador para que lleve a cabo algunas pesquisas de manera discreta. No te preocupes.
Abrazó a su esposa.
-Pronto estará de vuelta -le aseguró.

*****

Sylvia restó importancia al encuentro con su hermano y se sintió segura. Le seguía sorprendiendo lo poco observadores que eran los demás, pero se temió que alguien se diese cuenta durante el servicio del domingo, ya que no podría esconderse debajo del sombrero.
Así, pues, el domingo fue a la iglesia con sus mejores galas y un nudo en el estómago. Y estuvo a punto de desmayarse del alivio cuando Alan Maitland le dio las vestiduras que llevaban todos los componentes del coro. Pensó que había sido una tonta por preocuparse demasiado y olvidarse de que llevaría puesta una sotana muy amplia. Tal vez esta no pudiese asegurarle el anonimato, pero le sería de ayuda.
Ocupó su lugar y cantó lo mejor que sabía mientras miraba hacia la congregación. Nadie parecía sospechar. Los feligreses leían la Biblia, cantaban o escuchaban.
Sylvia se dio cuenta de que uno veía lo que esperaba ver y en ella veían a un joven al que todavía no le había cambiado la voz. Mientras que no hubiese nada fuera de lugar y no llamase la atención, podía continuar con aquella farsa eternamente.
O eso esperaba, aunque, en el fondo, no podía evitar tener un mal presentimiento. Eternamente era mucho tiempo. Intentó no pensar en ello y centrarse en la música.

***

Ver a Sylvester Dill en el centro de la primera fila del coro, cantando con aquella maravillosa voz, fue un placer que Alan recordaría siempre. Cerró los ojos y disfrutó de la gloriosa voz de falsete que inundaba la capilla gótica.
Todavía no sabía qué obra podía ejecutar mejor su coro para el certamen anual, teniendo en cuenta la presencia de Syl Dill. Dudaba entre *Miserere*, de Gregorio Allegri, y una selección del *Stabat Mater* de Giovanni Battista Pergolesi. Enseñaría ambas y escogería la que el coro defendiese mejor.
Volvió al presente y cerró los ojos mientras dirigía al coro para concentrarse en lo que estaba oyendo, un ligero desequilibrio entre los tenores y los bajos. Abrió la palma de la mano derecha y bajó esa mano un poco, y los bajos respondieron suavizando su tono.
Él sonrió. Hacía cinco años que era el director del coro de St. Swithin y llevaba esos cinco años

ansiando conseguir el trofeo. Estaba Seguro de que aquella sería la ocasión.
Abrió los ojos y vio cómo un rayo de luz entraba por una de las cristaleras de colores y bañaba a sus chicos de un brillo celestial, multicolor. *Sus* chicos. Así era como pensaba en ellos y eran muchos los que lo buscaban para pasear por las calles adoquinadas de Oxford y le confiaban sus preocupaciones. Alan los escuchaba y los aconsejaba lo mejor que podía.
Se preguntó cuándo se rompería el caparazón que rodeaba al señorito Dill, permitiéndole conocer sus secretos. Lo miró. Estaba serio y concentrado, y parecía llevar sobre sus espaldas un peso mucho mayor del que sus delgados hombros podían soportar.

***

Cuando le hizo la señal el reverendo Peckham, Syl tomó el cepillo y empezó a pasarlo entre los parroquianos. Antes de eso, Alan vio cómo Bevil, viejo zorro, ponía en el plato una moneda muy estropeada. Alan frunció el ceño.
Unos minutos después, Dill miró el plato y se quedó boquiabierto, sonriendo. Alan se estremeció. ¿Era posible que se hubiese equivocado con aquel muchacho? Se le encogió el corazón. Por el rabillo del ojo vio cómo Bevil lo observaba también. Alan apretó los labios. No podía permitir que aquel viejo miserable tuviese la satisfacción de dedicarle una mirada triunfante.
Dill, que todavía parecía sorprendido, se quedó cerca de las puertas de la iglesia y continuó sujetando el plato ante la fila de feligreses. Alan se fijó en que el chico se despedía inclinándose de manera respetuosa ante varios diáconos antes de que estos se marchasen. Cuando el último congregante se había marchado, y no tardo mucho porque todo el mundo deseaba disfrutar de la esperada cena del domingo, Dill se dirigió hacia él muy contento.
-¡Señores! ¡Oh, señores! ¡Miren, por favor!
-¿Qué ocurre, chico? -le preguntó Bevil acercándose. Parecía tan sorprendido como Alan.
-¡Miren! -Dill metió la mano en el cepillo y sacó una moneda antigua, doblada, de color bronce apagado, con la imagen de un hombre de perfil y palabras alrededor del borde-. Parece muy antigua. ¡Tal vez, romana! Una vez vi en el museo una muy parecida.
Alan miró a Bevil, que parecía avergonzado, mientras Dill continuaba hablando con entusiasmo.
-¿La habrán puesto en el plato por error? Seguro que el dueño no pretendía…
-Yo estoy convencido de que ha sido un error -comentó Alan mientras observaba a Bevil con interés.
-¿Cómo vamos a encontrar…?
-No se preocupe, señorito Dill -le dijo Alan-. Uno de nuestros feligreses colecciona monedas, se la devolveré.
-Piénsenlo -comentó Dill, al que le brillaban los ojos de la emoción-. Alguien sostuvo esa moneda, la utilizó, hace casi dos mil años.
Alan sonrió. No pudo evitar contagiarse del patente entusiasmo del joven Dill.
-Sí, es extraordinario, ¿verdad? Si le interesan este tipo de artefactos, debe visitar la colección de Ashmolean en Broad Street.
Dill aplaudió.
-¡Estupendo!
-Sí que lo es. Ahora, ve a colgar tu sotana y prepárate para la cena.

Capítulo 4

“La cena del domingo”. Sylvia tragó saliva, segura de que tendría que conversar y que era posible que le preguntasen por su pasado. Sabía que tendría que adornarlo un poco, pero tenía la esperanza de poder evitar contar mentiras. Podía vivir con omisiones, pero mentir iba en contra de su naturaleza. Le gustaba pensar que era una persona honesta. Se recordó que estaba fingiendo ser un chico, y eso no tenía nada de honesto.

Siguió a Alan hasta la cocina mientras este le hablaba.

-Horton tiene el día libre y lo pasa con su madre, pero nos deja la cena preparada.

-Supongo que está segura de que no sabemos cocinar -comentó Syl.

-Así es, además, es bastante territorial con la cocina.

Ella pestañeó.

-No me había dado cuenta. Suelo encender yo el fuego y poner agua a calentar mucho antes de que llegue. En ocasiones, hasta preparo el té.

-Qué gracia. Tal vez Horton se esté relajando.

Se echaron a reír. Alan tomó un paño y abrió la puerta del horno, del que salió aire caliente. Dentro había varios platos tapados.

-Tome otro paño y tráigalo al otro lado del vestíbulo -le indicó a Sylvia.

“Al otro lado del vestíbulo” estaba el comedor que Sylvia todavía no había visto, ya que no comía con el vicario. La sala estaba convenientemente situada cerca de la cocina, en ella había una gastada alfombra turca y una mesa de madera redonda que brillaba, rodeada por cinco sillas, tres de ellas ya ocupadas por el reverendo Peckham y dos de los diáconos. La chimenea de piedra estaba encendida y olía a humo y a cera de limón.

El ambiente era acogedor y las futuras cenas de los domingos podían llegar a ser amenas. Aquella, sin embargo… Sylvia hizo una mueca. Estaba prácticamente segura de que tendría que hablar de su vida y de su pasado.

Decidió que su mejor estrategia era desviar la conversación y al principio le resultó sencillo. La conversación se centró en la comida, que consistía en una cremosa sopa de cebolla seguida por un pollo asado con patatas y zanahorias. También había pan, por supuesto, y cerveza para regarlo todo. La comida se vio coronada por unas deliciosas tartaletas de mermelada. Sylvia evitó beber demasiada cerveza y hablar más de la cuenta. El diácono Tetworth charló con el reverendo acerca de caballos mientras que Ralstonby protestó acerca de la ausencia de su esposa, que estaba en Surrey, visitando a su hermana, que acababa de dar a luz.

Entonces, hubo una pausa en la conversación y Ralstonby exclamó:

-¡Yo diría que el coro estaba en excelente forma hoy, Maitland!

Alan se limpió la boca con la servilleta.

-Gracias, pero todo el mérito es del señorito Dill.

Todo el mundo la miró.

-Oh, no lo creo -dijo ella-. El coro al completo, junto con su director, son los responsables. Ha sido un esfuerzo de grupo.

-Muy modesto -comentó el reverendo, que parecía aprobar su comportamiento-. Además, pienso que también ha sido el responsable de que el cepillo haya sido tan generoso hoy.

Ella no había sabido eso.

-¡Y esa moneda tan extraordinaria! -comentó, girándose hacia Ralstonby-. ¿Sabe que había una

moneda de la época del imperio romano en el cepillo?
Peckham tosió y se puso colorado. Umm. Tal vez hubiese demasiado humo de la chimenea en el comedor.
-¿Abro una ventana, señor? -le preguntó.
Alan se echó a reír.
-No será necesario.
Peckham lo fulminó con la mirada y Alan rio todavía más. Sylvia se sintió desconcertada.
-¿Es usted de Oxford, señor? -le preguntó a Alan.
-No -le contestó él-. De Shropshire.
Santo cielo. El vizconde Maitland también era de Shropshire, ¿no? A Sylvia se le hizo un nudo en el estómago.
-¿Y cómo terminó aquí?
Alan dio un sorbo de cerveza antes de responder.
-Soy el tercer e inútil hijo de un vizconde…
"Es hijo de Maitland."
-Dado que no soy el heredero ni el suplente, mi destino era entrar en la iglesia o en el ejército, pero no escogí ninguno de los dos. Tuve la fortuna de que me fuese bien aquí, en St. Swithin como estudiante…
-Más modestia -intervino Tetworth-. Fue el primero de su curso tanto en música como en matemáticas.
Alan sonrió y continuó:
-Mientras estaba estudiando se jubiló el anterior director del coro y me ofrecieron el puesto.
A pesar de la sorpresa y del miedo que sentía Sylvia, acertó a hacerle otra pregunta.
-¿Qué fue lo que despertó su interés por la música, señor?
-Uno de mis ancestros más cultivados instaló una sala de música en la mansión familiar, tengo entendido que fue para una visita real de uno de los Carlos. Siempre me encantó el sonido del clavicordio. De ahí a Bach fue un breve camino. También construyeron una pista de tenis, así que pienso que el monarca que visitó la mansión fue Carlos II.
-¿Sigue practicándolo? -preguntó Sylvia, que echaba de menos el tenis. Había jugado mucho con su hermano en Kent.
-El clavicordio, sí. El tenis, por desgracia, no. Fui una decepción para mi padre en este campo. Solía pensar de mí que era un niño cambiado. Fui criado por niñeras extremadamente buenas y por una gobernanta que me preparó muy bien para el colegio. A mi padre le interesaban sobre todo los caballos, la caza y el devaneo. Mi madre había fallecido, pero le gustaba la moda, las habladurías y… también el devaneo.
-Lo siento -Sylvia se ruborizó ligeramente y preguntó-: Si a ambos les interesaba el devaneo, ¿no formaban entonces una buena pareja?
-Ah, lo que no les interesaba era flirtear el uno con el otro.
Ralstonby se aclaró la garganta.
-¡Señor! Hay un niño presente.
-Lo siento, señorito Dill.
Ella ondeó el tenedor.
-No pasa nada. He oído cosas peores.
Peckham se inclinó hacia delante.
-¿Cómo y dónde? Cuéntenos.
-En Londres, por supuesto -respondió Sylvia, intentando mantener la compostura-. Londres lo

tiene todo, todo tipo de personas y de maneras de hablar.
-¡Y vicios! -exclamó el reverendo.
Ella apretó los labios, bajó la vista y esperó que su gesto fuese lo suficientemente solemne.
-¿Y cómo entró usted, joven señor, en contacto con dicho vicio?
El reverendo era persistente.
Sylvia se aclaró la garganta y tuvo la esperanza de que la media verdad que iba a decir no la mandase directa al infierno cuando falleciese.
-Mi madre era… -Se aclaró la garganta-. Bueno, era un cierto tipo de persona.
Eso no era del todo mentira. ¿Acaso ella era responsable de cómo interpretasen sus palabras los demás? Miró a su alrededor y vio gestos de interés, así que continuó.
-Pero estaba con un lord, así que a mí me educaron bien. Tuve la suerte de disfrutar de todo tipo de comodidades.
Al menos eso sí que era cierto.
-¿Y después? -le preguntó Tetworth.
Sylvia tragó saliva y volvió a bajar la mirada.
-La situación... cambió. Terminé en una buena casa de Londres, pero no quería el puesto que me ofrecieron. Habían planeado…unas relaciones que no eran de mi gusto.
-¿Relaciones? -repitió el reverendo sorprendido.
-Umm, sí. Así que tuve que marcharme.
Oyó murmullos, levantó la vista y se encontró con cuatro pares de ojos que la miraban de manera comprensiva.
-Había oído hablar mucho de Oxford así que… vine aquí. He tenido mucha suerte. Gracias.
Alan levantó su jarra de cerveza.
-Por Oxford. Por que siga proporcionando cobijo a las almas perdidas de este mundo.
Ella asintió y tomó su jarra, al igual que el resto de los comensales sentados a la mesa.
-Por Oxford -corearon mientras Sylvia sentía vergüenza.
-¿No sabe dónde está su madre, joven? -murmuró Peckham.
Ella negó con la cabeza. Eso no era mentira. No sabía dónde estaba exactamente lady Mary en esos momentos. Era probable que estuviese en Londres, pero también podía estar en Kent, en la granja, o en cualquier otra parte de Inglaterra.
Al ver que nadie le hacía más preguntas acerca de su pasado, Sylvia se relajó. Mantuvo la cabeza agachada y se terminó lo que le quedaba de tarta en silencio, perdida en sus pensamientos, mientras permitía que el resto conversase. Así que Alan Maitland era el tercer hijo de uno de los hombres con los que quería casarla su madre, si era en realidad el hijo del vizconde Maitland. Ella había oído en Londres comentar que, después de que su esposa le diese un heredero y un segundo hijo, la habían dejado dedicarse a las distracciones que le apeteciesen. Decían que el tercer y cuarto hijo no se parecían en nada al “padre”, y Alan Maitland no podía parecerse menos al vizconde.
¿Y si el vizconde Maitland decidía visitar a su hijo en Oxford? Sylvia respiró hondo. A juzgar por lo que Alan le había contado, era poco probable. No parecía que tuviesen muy buena relación. Y si, en cualquier caso, el vizconde iba de visita, a Sylvia no le sería muy difícil evitarlo. Solo tendría que verlo durante los ensayos o el servicio, y podría perderse fácilmente en el grupo de chicos. Solo había visto al viejo Maitland en una ocasión, en Almack’s, y estaba segura de que no sería capaz de distinguirla entre el resto de muchachas con las que había conversado. Ni siquiera habían bailado juntos.
Pero su hijo era otro tema. Sylvia pensó en lo rara que se sentía cuando tenía cerca al joven

Maitland. Nerviosa, pero expectante, en ocasiones, hasta temblorosa.
¿Qué significaba eso?
¿Y si se sentía atraída por Alan Maitland? No podía contemplar en modo alguno la posibilidad de tener una relación con él que no fuese la que tenían ya.
En realidad, Sylvia no era capaz de pensar en ningún tipo de futuro. ¿Sería el sacristán de St. Swithin hasta que se muriera? ¡No era posible! Era una locura. En cualquier caso, por el momento tenía una buena vida y decidió disfrutar de ella. Ya resolvería sus múltiples preocupaciones acerca de aquella farsa, de Alan Maitland y de su futuro a su debido tiempo.

*****

Un rato después, de vuelta a su habitación, Alan se puso a reflexionar. El joven Dill le había preguntado si jugaba al tenis, como si él sí que lo hiciese. Entonces, cayó en la cuenta en el que Dill no había hablado mucho de él. Aunque no fuese de buena cuna, era evidente que lo habían educado con comodidades, incluso lujos, en Londres. Alan se imaginó que el padre de Dill, un lord, había rechazado a su madre cuando esta había tenido al niño. Eso explicaría que Dill se hubiese visto obligado a trabajar como personal de servicio.
“Habían planeado unas relaciones” y ese era el motivo por el que el joven se había tenido que marchar. Tal vez la señora de la casa, o incluso el señor, se habían fijado en él. Alan había oído hablar de ese tipo de cosas, aunque nunca le hubiese ocurrido personalmente… ¿Por qué le interesaba tanto Sylvester Dill?
Se dijo que su interés debía limitarse a su voz. No obstante, se sentía intrigado por él y eso no tenía ningún sentido. Nunca le había interesado de aquel modo ninguno de los chicos.
A parte de ser un contratenor brillante, ¿qué tenía de diferente Sylvester Dill?
Nada en absoluto, decidió. Nada.
Entonces, ¿por qué se estaba obsesionando tanto con Sylvester Dill? Alan no era homosexual. No tenía nada en contra de ellos, había conocido a muchos en Eton y en Oxford, a chicos con amistades demasiado íntimas, pero no había notado nada parecido entre los muchachos del coro. Evidentemente, no tenía su edad y, aunque los muchachos solían comer juntos en el gran salón de St. Swithin, él se sentaba con el resto de los profesores, mientras que los alumnos, incluidos los integrantes del coro, ocupaban los largos bancos.
Durante los años que había asistido a Eton y a Oxford, se había relacionado con muchos hombres y nunca había sentido interés por ninguno de ellos como por Sylvester Dill. Aunque lo cierto era que el sexo tampoco le había interesado mucho nunca. Se había dado un revolcón o dos, tal vez cinco o diez, no se acordaba, pero nunca se había involucrado con el corazón. El ejemplo de sus padres no era muy alentador. Dado que era el tercer hijo, no tenía obligación de casarse y tener descendencia. Su estipendio era modesto, le permitía llevar una grata vida de soltero, pero no era suficiente para ser padre ni para mantener a alguien de su clase social. Sabía que no podía permitirse los gastos de una familia y tampoco tenía deseo de intentar formarla.
No obstante... Syl estaba atrapado entre la niñez y la edad adulta. Se había visto obligado a crecer demasiado deprisa. No era un niño ni tampoco un hombre. No era inusual que un niño tuviese que asumir responsabilidades demasiado pronto, aunque no solía ser el caso de la alta alcurnia. Los hijos de los nobles iban a estudiar a Harrow o a Eton, y después a Oxford o a Cambridge. A las hijas les buscaban matrimonio, las preparaban para una única carrera, ese era su destino: ser esposas y madres de la siguiente generación de respetables ingleses.
Alan hizo una mueca. Su madre había sido una de esas criaturas que solo habían servido para tener hijos. Él sentía cierta compasión por ella, que había tenido que servir a su débil y afectado

padre al menos dos veces. Alan tenía claro que no era hijo de Maitland. No tenía la menor idea de quién era su padre, pero estaba seguro de que su pelo rubio y sus ojos claros no eran de su madre, que era morena, ni tampoco de este. Su supuesto padre jamás había mostrado ningún talento, ni siquiera para los juegos ni para la caza, solo aspiraba al juego afectado de los arrogantes lords. Alan, sin embargo, se negaba a competir. No le hacía falta. Sabía cuál era su lugar y, además, le encantaba.
Nunca había pensado demasiado en el destino de los hijos ilegítimos de la nobleza. Sylvester Dill le había hecho reflexionar. Tal vez era eso lo que le intrigaba del muchacho. Su llegada le había despertado dudas que nunca antes se había parado a analizar.

*****

El siguiente reto de Sylvia era la reunión con los diáconos en la que se iba a decidir si su puesto sería permanente. Tenía la sensación de haber ganado algunos puntos el domingo, pero no tenía claro el motivo. No era por cómo había cantado durante el servicio, había sido solo una voz más, aunque tal vez el reverendo Peckham se hubiese preocupado por su comportamiento. Durante la comida, había intentado sacar a relucir sus mejores modales, pero esperaba no haberse comportado como una señorita ni como un miembro de la nobleza. No podía comportarse de manera demasiado altiva. Se suponía que era un joven humilde que había tenido la suerte de encontrarse en semejante situación.
Tras haberse abierto camino entre las peligrosas situaciones del domingo, Sylvia se enfrentó a la reunión con los diáconos haciendo gala de seguridad masculina, o eso esperaba.
Aunque el día anterior le había costado jurar como un muchacho.
No había reconocido las señales, aunque se había sentido más nerviosa de lo normal esa semana, lo había atribuido a la farsa que estaba llevando a cabo, a la nueva situación y la próxima entrevista. Y no la ayudaba que Alan Maitland continuase mostrando un interés poco común por ella.
Siempre que lo tenía cerca, sentía un extraño calor por todo el cuerpo. Le latía con tanta fuerza el corazón que temía que se le saliese del pecho, y le temblaban los dedos. Sylvia se decía una y otra vez que no tenía nada que temer de él, pero no obstante… Alan Maitland había sido muy amable con ella y la había preparado para aquella entrevista, indicándole las predilecciones de cada uno de los miembros de la junta e insistiendo en que realizase algún progreso en la limpieza del camposanto.
Aun así, cuando Sylvia se presentó ante ellos, lo hizo con un cosquilleo en el estómago, nerviosa. Estaba sudando, tenía miedo. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer o de a dónde iba a ir si aquello no salía bien.
La sala estaba en silencio, solo se oía de vez en cuando a alguien aclarándose la garganta. Oyó crujir un corsé. ¿Cuál de aquellos hombres sería tan vanidoso como para llevarlo escondido debajo de la ropa? Miró a Maitland y contuvo la risa. Entonces a alguien se le escapó una flatulencia y todos se echaron a reír.
-Su esposa sigue cocinando poco tiempo las alubias, ¿eh, Ralstonby? -pregunto uno.
El tal Ralstonby, un hombre rubio al que Sylvia había conocido el domingo anterior, frunció el ceño y se dirigió a Alan Maitland.
-Es terriblemente joven, ¿no, Maitland?
Más risas.
-¿Podría aventurar que este joven forma parte del coro?
-Si hubiese estado presente en el servicio del domingo, tendría la respuesta. ¿Qué tal en

Newmarket? -le respondió Maitland.
Los demás se echaron a reír y Sylvia se sintió esperanzada. Un grupo tan alegre no podía echarla.
-Me acuerdo del joven -le respondió Ralstonby-. Un buen contratenor. ¿Le ha echado el ojo al premio del certamen de coros, ¿eh, Maitland?
¿Un certamen de coros? Sylvia se quedó boquiabierta. Así que Maitland no la había escogido por un acto de bondad, sino que tenía un motivo. Un certamen. Santo cielo. Y como ella era el único contratenor de Oxford, estaría en el centro del escenario, llamando la atención.
Eso no le venía bien.
-Yo también lo escuché -intervino otro diácono-. Y me fijé en que las señoras se sentían más generosas después del servicio gracias al señorito Dill.
Umm. Sí, durante la cena del domingo alguien había comentado que el cepillo había pesado más de lo habitual.
-Fue una buena recolecta -continuó diciendo el hombre-. Por fin vamos a poder empezar con las mejoras de la capilla oeste…
El reverendo Peckham se encrespó.
-Yo diría, señor, que la fontanería de la vicaría…
Sylvia cambió el peso de un pie al otro. Se preguntó qué estaba ocurriendo exactamente en aquel momento y que debía hacer ella.
La voz de tenor de Maitland interrumpió la discusión de los otros dos diáconos.
-Entonces, entiendo que el señorito Dill tiene el puesto de sacristán, ¿verdad?
-¡Sí! -le confirmó Tetworth, y se oyó un murmullo de aprobación en toda la mesa-. Puede quedarse con su contratenor, Maitland, en especial, si sigue engatusando a las señoras para llenar el cepillo.
-Por no hablar del camposanto -puntualizó Ralstonby-. Hacía una década que no estaba tan bien. Puede marcharse, joven Dill. No tiene que estar presente mientras hablamos de los planes para la capilla oeste…

Capítulo 5

El sábado siguiente, Sylvia hizo su trabajo quitando el polvo y preparando la iglesia para el servicio del domingo. Casi no se dio cuenta cuando, después del desayuno, el reverendo Peckham se subió a un coche de caballos guiado por el diácono Tetworth y partieron hacia algún destino desconocido. Cuando hubo terminado, Sylvia se quitó la ropa de trabajo, se aseó, y fue hacia el Hawk and Dove a cenar algo. Como de costumbre, se sentó en un rincón oscuro y se puso a leer, con la esperanza de pasar desapercibida.

A la mañana siguiente, bien vestida y peinada de tal manera que el pelo le ocultase parte del rostro, fue hacia la sacristía, se puso la sotana y se preparó para el servicio, echando un último vistazo a la iglesia antes de que llegasen los parroquianos. Entonces, esperó. Y esperó mientras los muchachos del coro empezaban a preocuparse. ¿Dónde estaba el reverendo?

Sylvia corrió a buscar al maestro de música mientras la congregación murmuraba su desaprobación. Antes de que pudiese preguntarle a Alan, este comentó:

-No tengo ni idea de dónde puede estar Bevil, no lo he visto desde ayer. ¿Y usted?

Ella negó con la cabeza.

-Salió con el diácono Tetworth ayer por la mañana.

-¿A dónde iban?

-No lo sé.

Alan gimió.

-Han podido ir a ver cualquier pelea o a cualquier carrera de caballos de Inglaterra.

-Las hay casi a diario.

-Eso me temo. Bueno, el problema que tenemos que resolver ahora es el de este servicio.

-¿No lo puede dirigir usted?

Alan la miró con sorpresa.

-Carezco del elegante alzacuello, pero supongo que sí. Lo puedo hacer todo, menos dar el sermón.

-Dudo que lo echen de menos -le dijo Silvia sonriendo-. Aunque tal vez debería hablar con el resto de los diáconos antes de tomar la decisión.

-Muy buena idea.

Alan se alejó y ella volvió a entrar en la sacristía.

***

Después de que Alan explicase que el reverendo se sentía indispuesto, el servició avanzó sin contratiempos y la congregación se fue contenta y dejando, una vez más, el cepillo bien lleno. Alan recibió muchos cumplidos y hubo muchas personas que se alegraron de que no hubiese sermón.

Alan, Syl y Ralstonby estuvieron pensativos durante la cena del domingo, y la conversación se centró en la misteriosa ausencia de Peckham.

-Tetworth tampoco está aquí. Suele asistir al servicio, aunque haya estado fuera el fin de semana, ¿verdad? -preguntó Sylvia-. Se marcharon juntos.

-Y suele ir a ver alguna carrera -comentó Ralstonby mientras se tomaba el postre-. Debe de haberles sucedido algo. Tetworth no me preocupa, pero el reverendo es mayor y me temo que, si

se cae, le ocurra algo serio.
-Sí, pero ¿dónde pueden estar? ¿Cómo podemos averiguar qué carreras ha habido ayer?
-¡Ah!
Alan se levantó casi de un salto de su silla y salió de la habitación mientras Syl y Ralstonby intercambiaban miradas de sorpresa. Volvió enseguida y tiró un boletín informativo encima de la mesa. Sylvia alargó el cuello para verlo.
-Aquí aparecen todas las peleas de gallos, carreras y concursos de la zona -le dijo Alan-. Lo he encontrado encima del escritorio del reverendo.
-Hay demasiados -respondió ella-. ¿Cuáles tuvieron lugar ayer?
-Mire aquí -Alan señaló el papel en el que había un evento rodeado con tinta.
Ella lo tomó y leyó: *Pelea de gallos de Godstowe. Tendrá lugar en cerca de Brown Bull Inn el sábado. Un Welch Main de dieciséis gallos.*
Sylvia levantó la vista.
-¿Qué es eso?
-Un horrible entretenimiento en el que dieciséis gallos se pelean entre ellos, hasta que solo quedan ocho, luego cuatro… hasta que solo queda uno -el tono de Alan era sombrío.
-¡Qué horror! -exclamó Sylvia estaba consternada-. Deben de sufrir mucho, en especial, el ganador.
Ralstonby suspiró.
-He condenado muchas veces la afición de nuestro reverendo por las apuestas.
-Que se ha visto exacerbada por la adicción de Tetworth a las mismas -comentó Alan con el ceño fruncido-. En cualquier caso, diría que ambos han debido de tener algún contratiempo.
Miró hacia donde estaba Sylvia.
-¿Le gustaría ir a Godstowe?
Ella se encogió de hombros.
-No lo sé. No he estado nunca antes.
-Tome algo de dinero del cepillo, Maitland, y alquile un coche decente. Tal vez tenga que traerse a casa a esos maleantes -bromeó Ralstonby.
-¿No nos acompaña? -le preguntó Alan.
-No, tengo un compromiso esta tarde. Estoy seguro de que el joven Dill lo hará bien.
Se levantó y tomó su sombrero
Alan arqueó una ceja y miró a Sylvia.
-¿Vamos?

***

Salieron de Oxford alrededor del dos de la tarde. El viaje fue corto, dado que Alan había alquilado un coche de cuatro caballos por si tenían que volver todos en él. Sin embargo, al verse confinada en un espacio tan pequeño con él, Sylvia volvió a encontrarse incómoda con su proximidad. Su olor, a cuero y algo más que no sabía identificar, le causaba un cosquilleo en la nariz y el calor de su cuerpo la encendía. Pensó que aquello no podía ser y se centró en mantener una conversación educada e irrelevante.
Cuando llegaron a Godstowe encontraron la ciudad muy tranquila porque era domingo. Fueron hasta el Brown Bull Inn y Alan le dio una moneda al mozo de cuadra mientras Sylvia bajaba del coche de caballos detrás de él. Miró a su alrededor. El patio no estaba pavimentado y estaba lleno de barro como resultado del ir y venir de carruajes el día anterior.
-No creo que quede nadie aquí -comentó ella.

-Sí, vamos a ver en la posada -propuso Alan
Aparentemente ajeno al barro, Alan fue hacia la puerta principal mientras Syl, consciente de que llevaba puestos sus mejores zapatos, escogió el camino con más cuidado al tiempo que intentaba no caminar como una chica.
Cuando entró en la posada, vio al propietario hojeando un enorme libro que debía de ser el registro de huéspedes.
-No, no tengo a nadie con esos nombres -dijo el hombre, que levantó la vista y sonrió-. Pero hubo un altercado durante la pelea de gallos.
-¿Un altercado? ¿Hubo sanciones? ¿Había apuestas? -preguntó Alan.
-Así es. Estalló una pelea entre los espectadores. Un señor acusó a uno de los entrenadores de apretar a su ave.
A Sylvia se le encogió el corazón.
-¿Un hombre mayor? ¿Iba vestido de negro y llevaba alzacuello?
El hombre frunció el ceño.
-No sé si era religioso o no, pero iba de negro. El guardia se los llevó a todos a prisión.
Sylvia arqueó las cejas y miró a Alan.
-¿Dónde es eso, señor? -preguntó.
-Oh, solo tienen que salir de la posada y está al otro lado de la plaza del mercado. Cerca de las tiendas, para encerrar a los ladrones.
-Gracias, señor.
Alan dejó una moneda encima del mostrador y salió con Sylvia pisándole los talones.
-Qué misterio, Dill. Es domingo, así que tendremos suerte si conseguimos encontrar a alguien que pueda dejar en libertad a nuestros fugitivos.
Ella trotó a su lado.
-¿Está seguro de que están ahí?
-Ah, sí -su tono era serio-. No es la primera vez que Tetworth mete a Bevil en un aprieto.
Ella no pudo evitar echarse a reír. Alan se giró hacia ella y la miró con sorpresa, su expresión fue tan extraña que Sylvia se rio todavía más. Intentó controlarse, al menos, reír en tono más bajo y masculino. Alan sonrió por fin.
-Sí, creo que tenemos la iglesia y el reverendo más extraños de Inglaterra. Pero vamos a buscar al reverendo jugador…
-Y al diabólico diácono, que siempre arrastra al pobre reverendo…
-¿Quién apostará por el pugilístico prelado?
Alan se echó a reír.
Fueron hacia el centro de la ciudad, en el que estaba la plaza del mercado. Cerca se encontraba la iglesia, en silencio en aquella tranquila tarde. Enfrente había un edificio de ladrillos que parecía ser un lugar sucio, hediondo y lleno de desesperación.
-Espero que haya alguien con una llave -le dijo Alan.
-Estoy seguro de que todo el mundo está descansando después de la cena -le respondió Sylvia-. Tal vez tengamos que despertar a alguien.
Tenía razón. Al lado de la prisión de Godstowe había una casa pequeña, con mejor aspecto que la prisión, recién encalada, con ventanas resplandecientes y un jardín con abundantes flores.
-Entiendo que el alguacil local está felizmente casado.
-Umm, sí, la casa está muy bien.
Alan llamó a la puerta, que abrió enseguida una niña pequeña, de unos siete años, que llevaba el pelo rojizo recogido con un lazo. La expresión de Syl se suavizó al verla. Alan sonrió a la

pequeña y se agachó delante de ella para ponerse a su altura.
-¿Está en casa tu papa, cielo?
-Sí, ¿quién quiere saberlo? -fue su respuesta.
Alan se incorporó mientras Sylvia reía.
-Soy diácono de St. Swithin, en Oxford -le contestó Alan-. Pienso que es posible que su padre esté, ejem, alojando a nuestro reverendo.
La niña parecía confundida, se giró y gritó:
-¡Papá!
Un hombre corpulento, con ojos de sueño, apareció en el recibidor.
-¿Quién es, Nellie?
Alan se inclinó y Syl sacudió la cabeza a modo de saludo.
-Disculpe que le molestemos en la tarde del domingo, señor -empezó Alan-, pero se nos ha perdido nuestro reverendo y esperamos que esté bajo su custodia.
-¡Caramba! El viejo decía la verdad.
-¿Le dijo que es el reverendo Peckham de St. Swithin, Oxford?
-Eso hizo, sí, pero no lo creí a él ni a su disoluto amigo.
Syl se tuvo que poner el puño en la boca para no echarse a reír.
El alguacil continuó:
-Ambos habían estado bebiendo bastante.
-Oh, vaya -dijo ella, y se maldijo por no haber dicho utilizado una expresión más masculina.
Por suerte, Alan no se fijó.
-¿Podemos pagar su fianza? -preguntó, metiéndose la mano en un bolsillo.
-Por supuesto.
-¿De qué se les acusa? -quiso saber Alan.
-De nada. Los encerré por causar tanto alboroto y para que se les pasase la borrachera, pero supongo que estarán listos para marcharse.
Tomó un enorme anillo lleno de llaves de un clavo que había en la puerta y luego le dijo a su hija:
-Dile a tu madre que enseguida vuelvo.
Los guio hasta la prisión, que no tenía nada del encanto de su casa. Al parecer, la influencia de la mamá de Nellie no había llegado a aquel triste y sucio lugar. Las mugrientas celdas construidas en piedra tenían el suelo cubierto de paja enmohecida. No había ventanas que dejasen pasar el aire, así que el olor era terrible.
Encontraron a Peckham y a Tetworth medio caídos, con mal aspecto. El reverendo, sobre la única silla que había en la celda, mientras que Tetworth estaba sentado sobre una raída y sucia manta. Ambos parecían desanimados.
-Bueno, bueno, bueno -Alan se echó a reír mientras el alguacil abría la puerta de la celda-. Me parece que tanto mi puesto como el del señorito Dill van a estar asegurados por mucho, mucho tiempo.
Peckham levantó la vista.
-¡Maitland! Ve, sabía que vendría -le dijo a Tetworth.
Esté asintió muy serio.
-Es cierto, Bevil.
Se metió la mano en un bolsillo, sacó una moneda y se la dio a Peckham.
Syl se quedó boquiabierta.
-¿No les han causado suficientes problemas las apuestas? -inquirió sin poder evitarlo.

-Es evidente que no.
La voz de Alan era seria, aunque le tembló ligeramente y Syl se dio cuenta de que estaba conteniendo la risa. Se apartaron para permitir que los dos malhechores saliesen de la celda, cabizbajos.
-¿Cómo han venido? -preguntó Tetworth.
-¿Por qué? ¿Dónde está su carruaje, señor? -le preguntó Syl.
-El muy tonto lo ha perdido en una apuesta -les contó Peckham.
-¿Y el caballo? -quiso saber Alan.
-Es probable que lo hayan robado -comentó Peckham-. Estaba lo peor de la sociedad en esta pelea de gallos.
-¿Y qué esperaban? -inquirió Alan-. No importa. Hemos traído un coche de cuatro caballos.
-Es muy amable por su parte, Maitland, ¡y con su salario! -dijo Tetworth.
Él se echó a reír.
-No lo voy a pagar yo, sino la iglesia -dijo, arqueando las cejas-. Supongo que habrá que descontarlo de los fondos destinados a la capilla oeste.
-Eran para fontanería.
-Para la capilla oeste.
Los dos hombres continuaron discutiendo mientras salían de la prisión, seguidos de Alan y Syl, y se dirigían hacia la fuente que había en el centro de la plaza del mercado. Boquiabierta, Syl observó cómo los dos se empapaban sin ningún reparo.
-Vamos a por el coche -les dijo Alan, y agarró a Syl del brazo.
Cuando se habían alejado suficiente para que no le oyeran, se apoyó en un muro y empezó a reír. Ella lo vio y volvió a perder la compostura, dejando escapar una tremenda carcajada.
-El diácono disoluto se ha pasado esta vez.
-Ha perdido la peluca y el caballo…
-No me gustaría estar en su piel cuando llegue a casa -comentó Sylvia.
-Ah, su esposa lo dejó hace años.
-Apuesto a que fue por culpa del juego…
-Tiene razón.
Alan se puso recto y se limpió los ojos con un pañuelo.

*****

Después de aquel episodio, Sylvia se dio cuenta de que todo el mundo la trataba con un poco más de deferencia. No sabía qué habían dicho de ella, pero, al parecer, se apreciaba su discreción. Y, lo que era mejor, o peor, no estaba segura, era que aquel acontecimiento había estrechado el vínculo que tenía con Alan Maitland. Durante los servicios, bastaba con que él la mirase, arquease una ceja, y después mirase al reverendo, para que Sylvia perdiese la compostura e incluso el ritmo. Estaba segura de que el temblor de su voz durante el aria era el resultado de aquellos juegos. Y cuando era ella la que lo hacía, a Alan le temblaban los hombros de la risa. Eran bromas compartidas que nadie más entendía.
Dado que tenía asegurado el puesto, Sylvia intentó relajarse y disfrutar de su nueva vida todo lo posible, vigilando siempre no tener comportamientos femeninos. Pronto se acostumbró al ritmo de la semana. Fueron pasando una tras otra, con pocos cambios. Y tuvo que admitir que su nueva vida era en ocasiones aburrida, incluso deprimente. Los días pasaban uno tras otro, apenas aliviados por los ensayos del coro y el servicio del domingo.
La parte más dura de cada día era despertar en aquella habitación tan fría. Había descubierto que

lo mejor era dormir con unos calcetines gruesos y la camisa limpia del día siguiente. Al levantarse, iba a la cocina a por el resto de su ropa y se la ponía junto al fuego todavía caliente.
Encendía el fuego, esperaba a que se calentase el agua para lavarse y luego la llevaba a su habitación, se vestía, se ponía los zapatos y ordenaba el pequeño espacio. Cuando Horton llegaba, Syl también había calentado agua para preparar las gachas y el té. Horton solía llegar protestando, pero agradecía que Syl la ayudase a preparar el desayuno.
A ella le gustaba tomárselo en el porche trasero mientras planeaba el día. Después, se ponía a trabajar en el jardín, empezando por las zonas más visibles, las situadas cerca del camino que llevaba de la calle hasta la iglesia. Ya había podado ambos lados y había limpiado las lápidas del cementerio lo mejor posible sin borrar lo que había escrito en ellas.
Le gustaba asomarse al pasado a través de ellas. ¿Quién había sido Alder Hickham? Había vivido desde 1610 hasta 1650. ¿Habría muerto en la guerra civil de Inglaterra? ¿Habría sido un caballero o un cabeza redonda? ¿Cómo habría sido su vida dos siglos antes, bajo las riendas de Cromwell? ¿Qué había ocurrido en Oxford entonces? Su esposa, Jemima Hickman, estaba enterrada junto a sus tres hijos pequeños que, por desgracia, habían fallecido poco después de nacer: Mary, Randolph y Thomas. ¿Habrían tenido los Hickham otros hijos que hubiesen sobrevivido?
Estas y otras cuestiones la llevaron a investigar en las numerosas bibliotecas de Oxford. A nadie pareció importarle que aquel joven delgado se pasease por los pasillos, por las facultades y los museos. Así, Sylvia pudo mantener los idiomas y mejorar sus conocimientos. Estaba dándose cuenta de que en Oxford habían ocurrido muchos acontecimientos importantes. Solía sentarse en Magdalen Bridge, a leer y a echar alguna miga de pan a los cisnes que nadaban a sus pies. También subía las escaleras de Carfax Tower, desde donde tenía unas vistas panorámicas de la ciudad. De hecho, aquella torre se convirtió en su lugar favorito.
Su bien más preciado era una antigua plancha de hierro que había comprador en una tienda llena de trastos en una callejuela de la ciudad. La había limpiado a conciencia, había averiguado cómo utilizarla y ya no se acostaba ningún día con las sábanas frías.
Era consciente de lo privilegiada que había sido. Su criada le había encendido el fuego de la chimenea todas las mañanas antes de que se despertase. Nunca había tenido que entrar a una habitación helada a dormir. Siempre le habían proporcionado agua caliente. Se había lavado y vestido con ayuda. Y había podido desayunar lo que le apeteciese: huevos con mantequilla, chocolate caliente… en vez de tomar todos los días gachas de avena y té. Había tenido clases, de idiomas por las mañanas y de canto y piano por las tardes. Y por las noches había acudido a reuniones sociales en las que sus padres se habían dedicado a exponerla y a mostrar su talento musical delante de sus amigos. Había dormido en sábanas muy suaves, previamente calentadas por la criada, una tarea que ella nunca había llevado a cabo.
Sin embargo, era afortunada. Lejos del tranquilo ambiente de Oxford, la vida continuaba sin ella. Inglaterra seguía luchando contra Napoleón. El príncipe regente continuaba con su desgobierno. Sus amigas debían de haber capturado ya el corazón de algún lord y habían planeado lujosas bodas. Sintió que se le encogía el corazón y se frotó el pecho. A ella no la esperaban nupcias, no se casaría. Y aunque se habría quedado de buen gusto en casa de sus padres, sabía que no habría podido quedarse soltera. Había soñado con tener una vida como la de su madre, pero ya sabía que jamás lo conseguiría. Ningún marqués encantador ni ningún duque apuesto habían mostrado interés por ella. En su lugar, la habrían entregado a cualquier noble venido a menos que sus padres hubiesen elegido.
Así pues, aunque su vida fuese más humilde, se sentía animada. Con frecuencia, incluso cantaba

mientras trabajaba.
Era feliz, tan feliz como durante la niñez. Que hubiese tenido que verse obligada a buscar otra vida que la correspondiese mejor en vez que la que habían planeado para ella era… No sabía cómo sentirse con la situación. Su huida de casa, su engaño, le depararía muchas críticas si en algún momento se descubría. También sabía que, por desgracia, sus padres estarían muy disgustados. Así que continuaba mandándoles notas de manera periódica, asegurándoles que tenía salud y buena fortuna.
Tal vez no fuese a vivir en aquella farsa siempre, pero no tenía prisa por ponerle fin. Syl Dill tenía su propia vida independiente y se sentía orgullosa de haberlo conseguido utilizando únicamente su talento y… algo de ayuda de Alan Maitland.
Encontró una copia del listado de aristócratas de Debrett en la biblioteca de la parroquia y confirmó lo que ya había averiguado durante la conversación de la cena del domingo: Alan Maitland formaba parte del *beau monde* formado por caballeros que habían buscado una vida mejor por ellos mismos, tal y como había hecho ella. Los segundos y terceros hijos solían dedicarse a la política, a la iglesia o al ejército. El maestro de música Maitland no había hecho nada de aquello, lo que hablaba por sí solo de su talento. A pesar de ser una persona impaciente, exigente y malhumorada, demasiado para su juventud, hacía bien su trabajo y conseguía de sus muchachos actuaciones maravillosas.
Mientras salía de la biblioteca, Sylvia se dio que era mejor que no pensase tanto en Alan Maitland, aunque también se dijo que su curiosidad era natural. Al fin y al cabo, había sido su salvador. Y era el director del coro, así que formaba parte de su vida. Ensayaban dos veces a la semana, los martes y los jueves por la tarde, y lo veía también en el servicio y la cena del domingo, esta última también con el reverendo Peckham y un diácono o dos.
Sylvia se metió las manos en los bolsillos y reconoció que se estaba intentando engañar. Sentía debilidad por Alan Maitland y eso la inquietaba. La heredera de lord Dillworth estaba bastante por encima de un maestro de música. Además, sería imposible estar con él sin causar un escándalo. Y no podía presentarse en su habitación, contarle la verdad y pedirle que se casase con ella. No obstante, lo peor para su bienestar emocional eran las reuniones con Alan para preparar su solo y avanzar en su educación musical. Habían empezado un domingo cuando, por error, él se había olvidado la bufanda en el respaldo de la silla después de la cena. El reverendo Peckham se había dado cuenta y le había pedido a Syl que fuese a devolvérselo.
Y Sylvia había obedecido, nerviosa. A pesar de que ya había estado en la facultad antes, para consultar algún libro en la biblioteca, nunca había entrado en otro edificio. Se había presentado delante del portero y había preguntado con timidez por la habitación de Alan Maitland.
El hombre no le había hecho ninguna pregunta, tal vez debido a que había bebido demasiado durante la cena
-Segundo piso, primera puerta de la izquierda.
Con la bufanda colgando de una mano, Sylvia había utilizado la otra para acariciar la madera pulida de la barandilla. El lugar olía a libros antiguos y a aceite de limón. Los escalones habían crujido bajo sus pies, pero no de manera alarmante. Sylvia se había imaginado a generaciones de estudiantes pasando las manos enguantadas por aquella misma barandilla.
Había estado muy nerviosa porque iba a visitar la habitación de un hombre que no pertenecía a su familia. Aunque ella fuese supuestamente otro hombre.
Había llamado con suavidad la primera vez, más fuerte después. Iba a volver a golpear la puerta cuando esta había abierto y Alan Maitland la había mirado con gesto de curiosidad.
Ella había apartado la mano. No quería romperle la nariz. Aunque, por un instante, se había

imaginado su grito de sorpresa seguido de un manantial de sangre roja. Conteniendo una carcajada, había levantado la bufanda que llevaba en la otra mano mientras arqueaba las cejas.
-Ah, eso -había dicho Alan, abriendo más la puerta y alargando la mano hacia su bufanda-. Bueno, no se quede ahí. ¡Entre!
Ella había obedecido, ignorando de nuevo la voz de lady Mary, que retumbaba en su cabeza. ¿Por qué no? Su madre jamás se enteraría y ella sentía curiosidad.
Se trataba de una habitación bastante amplia. A un lado había un pianoforte situado bajo una ventana con vistas a patio, ¡qué lugar tan maravilloso para practicar! En medio, una mesa llena de papeles, partituras musicales y cosas del estilo. Había una chimenea con leña, preparade para el frío de la noche. A través de una puerta abierta, Sylvia había visto una cama deshecha y varias prendas de ropa encima. Y había notado calor en las mejillas. Se había acercado a la ventana para tocar las teclas del piano y distraer a Alan para que no se fijase en su rubor. Tal vez pensase que el exceso de color en su rostro se debía a la luz del sol.
Luego, Sylvia se había girado hacia él, que estaba descalzo, sin Abrigo. También se había quitado el chaleco y la corbata. Llevaba la camisa parcialmente desabrochada, dejando a la vista una capa de vello rubio. Sus ojos azules parecían adormecidos, y ella se había dado cuenta de que lo había despertado.
-Discúlpeme, señor -se había disculpado-. El reverendo ha insistido que le trajese la bufanda.
-No tenía que haberse molestado. Hace buen tiempo, así que no voy a ponérmela. La he llevado hoy solo porque la mañana estaba fresca -le había respondido él.
-No pasa nada. Tal vez la quiera utilizar mañana. Y no he hecho preguntas, solo he obedecido. Sylvia había sonreído.
-Ah, ha obedecido al pugilístico prelado -había dijo Alan, guiñándole un ojo.
-Sí. ¿Quién sabe cuándo podrían surgir sus… tendencias pugilísticas?
Sylvia había tocado un dramático acorde en Si bemol.
-¿Sabes tocar?
-Por supuesto -le había respondido ella con orgullo, y luego se había arrepentido. ¿Dónde podía haber aprendido alguien como Sylvester Dill a tocar el pianoforte?
-Sí, ya recuerdo que creció con muchos privilegios, pero si no ha practicado recientemente, debería hacerlo.
Ella se había encogido de hombros.
-No he tenido la oportunidad.
-Ahora la tiene. Siéntese, señorito Dill, y toque para mí. ¿Ha aprendido ya el solo de *Miserere*?
-Lo he estado estudiando, pero hay algunos pasajes… -le había confesado Sylvia, haciendo una mueca-. Digamos que son complicados.
Alan había sonreído.
-Es el motivo por el que lo he escogido. Quiero ese premio, Sylvester Dill, y tiene talento suficiente para ganarlo para St. Swithin.
-Ah, qué responsabilidad. Si no ganamos, ¿será culpa mía?
-Por supuesto que no. No se lo tome tan a pecho. Pero tiene talento, un talento que hay que alimentar. Ahora, siéntese y empiece las escalas.
Ella había obedecido mientras se preguntaba si iba a superar aquella nueva prueba. No había ensayado desde la mañana anterior a su desastrosa presentación ante la corte, pero los años de práctica hacían que sus manos recordasen y fuesen capaces de ir tocando todas las escalas y acordes.
-Es muy bueno -le había dicho Alan con aprobación-. Venga al menos una vez a la semana a

practicar. No solo escalas, empezará con Bach. Aunque ya ha tocado a Bach, ¿verdad?
-No todo lo que ha escrito. Estaba empezando con las Variaciones Goldberg cuando… cuando…
-Sylvia se había quedado sin habla, de repente, había echado de menos su casa, tenía un nudo en la garganta.
Una mano caliente le había apretado cariñosamente el hombro.
-Bueno, terminará con ellas aquí.
-Gracias, señor -le había conseguido responder, conteniendo las lágrimas.
-Ahora, póngase de pie y cante. Saque la caja torácica del diafragma. Libere la respiración.
Sylvia había apartado la mente de sus preocupaciones, levantando los brazos por encima de la cabeza y respirando hondo. Luego, había bajado los brazos, manteniendo el pecho henchido e intentando retener el espacio que había creado en su cuerpo.
Sentado delante del piano, Alan había tocado los acordes y arpegios con los que empezaba cada ensayo del coro, y Sylvia había hecho los ejercicios vocales que ya conocía bien. Luego, Alan había buscado en la partitura *Miserere* y *Stabat Mater.*
-Es como si hubiese estado aquí sentado un enano -había comentado, ajustando el asiento para adaptarlo a sus piernas.
Sylvia no se había molestado porque sabía que su estatura estaba por encima de la media para una muchacha. Alan pensaba que era un chico, así que lo consideraba de baja estatura. Aunque ella se había fijado durante la última visita de James en que era más alta que él.
Había muchos muchachos de corta estatura, así que Sylvia había apartado aquello de su mente y había cantado lo mejor que había podido, aunque le resultase difícil al sentir los pechos pesados y los pezones duros, que le rozaban contra la tela de la corbata con la que se los vendaba. También había sentido un cosquilleo entre los muslos que la distraía. Había tenido la sensación de que todo su cuerpo había cobrado vida después de un largo letargo, pero había ocultado su malestar y se había centrado en la música.
-Muy bien -había comentado Alan-. Buen progreso. Voy a ser la envidia de todos los maestros de música de Oxford, pero no debo confiarme. Quiero que venga todos los lunes y miércoles a las cuatro.
Ella había dudado. Si tenía que cantar en privado para Alan Maitland dos veces por semana, le preocupaba derretirse de deseo y confusión. No quería sentir aquello. ¿O sí? El calor empezaba en la entrepierna y subía hasta su corazón.
No, era evidente que no quería aquello.
-¿No tiene que dar clase? -le había preguntado.
-Por supuesto, pero termino a las cuatro.
A ella no se le había ocurrido ninguna otra excusa.
-Sí, señor -le había respondido, sintiéndose desesperada. ¡Qué embrollo!
-Y si yo estuviera ocupado, venga a practicar Bach. Se lo diré al portero -había dicho Alan sonriendo.
A pesar de que había sido una situación muy incómoda, su sonrisa la había calentado todavía más y Sylvia había sonreído también, segura de que se estaba ruborizando como una niña de trece años en su primera fiesta.
Así pues, a partir de entonces, los días que el coro no ensayaba y si Sylvia había terminado su trabajo en la iglesia, se sentaba al piano de Alan y practicaba sus solos y las Variaciones Goldberg. Alan se quedaba a veces de pie a su lado, marcando el ritmo con el pie o enseñándole las partes más complicadas de Bach. En esas ocasiones, Sylvia se sentía irresistiblemente distraída por su proximidad, imaginando que podía sentir el calor que despedía su cuerpo,

sintiendo calor ella también. Se reprendía por su exagerada imaginación, pero estaba segura de poder aspirar su olor, un olor a partituras antiguas, a cuero y a algo indefinido y único de Alan Maitland.

En otras ocasiones, para su inmenso alivio, Alan se ponía a ordenar su habitación o a trabajar sentado frente al escritorio. Entonces, Sylvia conseguía progresar. Ella prefería trabajar de manera independiente, resolviendo las dificultades sola. Si Alan no estaba, se contenía para no hurgar entre sus objetos personales con el fin de averiguar más sobre él, y se contentaba con practicar, con estar a solas con su música.

Capítulo 6

Una mañana, Alan tocó su vieja corbata y se dio cuenta de que se le estaban saliendo algunos hilos del pespunte. No era un dandi, pero insistía en ir siempre limpio y con buen aspecto, así que aquella tarde fue a comprar algo de ropa nueva.

Se preguntó si el señorito Dill agradecería que le regalase las corbatas antiguas o si se tomaría mal el gesto. Era un chico muy orgulloso, pero con pocas pertenencias en el armario. O incluso sin armario, pero siempre se esforzaba en presentar una buena apariencia.

Caminando por Broad Street, vio al objeto de sus cávalas dirigiéndose en dirección contraria hacia donde iba él, hacia St. Swithin, con una bolsa en la mano y expresión soñadora. Tal vez fuese tan absorto en sus pensamientos como había estado él también.

Cuando estaba pasando por su lado, Alan se aclaró la garganta y Dill giró la cabeza con nerviosismo. Sus miradas se cruzaron y Alan tuvo la sensación de que el joven se ruborizaba.

El rostro de Dill estaba parcialmente oculto por su sombrero y Alan pensó que se lo había imaginado él. No había ningún motivo para que el muchacho se ruborizase. Eran buenos amigos, ¿no?

Dill asintió, sonrió, agachó la cabeza y se mantuvo en silencio. ¡Qué chico tan curioso!

Unos pasos después, Alan se giró a mirar a Dill. Extrañamente, Dill había hecho lo mismo. Sus miradas volvieron a cruzarse y Dill se sacudió como si le hubiese picado una abeja, se volvió a dar la media vuelta y echó a andar con paso más ágil.

Sí, muy curioso. Alan se encogió de hombros y continuó su camino. Mientras lo hacía vio a otro maestro de música, William Smedley del New College.

Como de costumbre, Smedley iba ataviado con uno de sus característicos chalecos de cuadros y una llamativa bufanda de rayas alrededor del cuello a pesar de que hacía un día soleado. A Alan le caía bien Smedley, pero odiaba sus aspavientos, que, en su opinión, reflejaban inseguridad y una impropia necesidad de llamar la atención.

El otro hombre lo vio y Alan levantó la mano para saludarlo.

-Vaya, señor, tengo que ajustar cuentas con usted -dijo Smedley en tono afable mientras se acercaba.

Alan sonrió.

-¿De qué se trata, amigo?

-Hay rumores, aunque la fuente no es fiable, de que ha encontrado a un fabuloso contratenor.

-Es cierto.

-¿Y dónde lo has encontrado? Si estuviese inscrito en Oxford este trimestre, me habría enterado.

-Ah -le respondió Alan-. No es un estudiante, el señorito Dill es nuestro nuevo sacristán. Crowell se ha retirado.

-Me alegro de eso. Estaba bastante frágil y torpe.

-Todo lo contrario que Dill. Hacía una década que nuestra iglesia no estaba tan bien cuidada. El jardín está inmaculado -le contó Alan, intentando distraer a Smedley del hecho de que Sylvester Dill y su voz de contratenor estuviesen en su coro-. Las rosas están especialmente bonitas este año.

-Sí, he pensado en asistir a uno de los ensayos para oír a… ¿ha dicho que se llama Dill?

-Lo siento -le respondió Alan, tomando una rápida decisión-. Los ensayos se hacen a puerta cerrada. No quiero desvelar nada antes del certamen.

Smedley arqueó las cejas grises.
-Guarda las cartas pegadas al pecho, ¿eh? No le culpo. ¿Así que el nuevo sacristán va a participar en el certamen?
-Está permitido, siempre y cuando forme parte habitual del coro de la iglesia, y lo hace -le respondió Alan, guiñando un ojo-. Tiene mucho éxito. El cepillo nunca había pesado tanto.
-Un chico misterioso, su joven Dill. Lo he visto por la ciudad. Un chico menudo. ¿De dónde es?
-De Londres. No estaba satisfecho con su puesto allí, así que dejó la capital para buscar algo diferente, supongo.
-Se comporta como si viniese repulido de la ciudad.
-Por mí, como si se comporta como el príncipe regente.
Smedley dejó escapar una carcajada.
-¡Vaya comparación!
Alan rio también. Delgado y moreno, Sylvester Dill se parecía al corpulento príncipe como el día a la noche.
-Es misterioso, pero si me consigue el premio, puede ser todo lo misterioso que quiera -añadió.
-Cuando lo contrataron a usted, fue el maestro de música más joven de la historia de Oxford -Smedley arqueó una ceja mientras miraba a Alan-. Sé que codicia el premio, pero ¿por lo que representa o como muestra de su enorme talento?
Alan se echó a reír, aunque la broma de Smedley había dado en el clavo.
-Yo me limito a estar de pie y mover las manos. El coro hace todo el trabajo.
-Paparruchas. Es el mejor coro de aquí a Londres y todo el mundo lo sabe. Y no es por casualidad, sino el resultado de duro trabajo y mucho talento.
-Vaya, gracias -le respondió Alan, sorprendido-. Su coro también tiene mucha fama.
-Todos tenemos talento y la suerte de estar en el puesto que estamos. Si no estuviésemos aquí, podríamos estar peleando con preadolescentes y borrachos en alguna capilla de pueblo.
-Sí. Me siento afortunado todos los días -Alan miró a su alrededor, al cielo azul, la calle pavimentada, la bonita arquitectura que los rodeaba-. Me encanta Oxford.
-Nos encanta a todos. A todos.

***

Mientras Syl andaba por la calle, canturreando el solo del *Stabat Mater* de Pergolesi, oyó gritos a sus espaldas.
-¡Eh, Dillworth! -le gritaron-. ¡Dill! ¡Espera!
Ella se quedó inmóvil.
Una mano la agarró del hombro y la hizo girarse. Vio a un joven pelirrojo sonriendo de oreja a oreja.
-¡Caramba! ¡El parecido es increíble!
-Disculpe, señor -respondió Sylvia en tono frío.
-Podría ser… Pensé que era… -el joven balbució.
“Oh, santo cielo, es amigo de...” Tendría que superar aquel obstáculo.
-¿Quién pensaba que era?
El muchacho la miró de arriba abajo, de la cabeza a los pies.
-James. James Dillworth. ¡Podría ser su hermano gemelo!

“Es porque lo soy”, pensó ella, pero guardó silencio y se limitó a arquear una ceja. Lo miró fijamente como lo haría un hombre, sin bajar la vista con casta modestia, como haría una

damisela.
El chico continuó:
-Es más bajo y delgado, pero se parece a él como si fuesen dos gotas de agua.
Sylvia no supo qué responder. Dejó escapar una carcajada y comentó:
-Qué tontería.
Su tono fue lo suficientemente frío para que el chico la soltase.
-No quiero entretenerlo más, señor, pero ya le he dicho que es increíble. ¡Increíble!
El muchacho se marchó en dirección a Magdalene College. "Estupendo", pensó Sylvia. Habría apostado su cena del domingo a que se trataba de un compañero de clase de James.
Pero era poco probable que se lo contase a su hermano, ¿no? Ella se puso recta y continuó con su camino.

*****

Las voces de los muchachos causaban un ruido ensordecedor en el recibidor de Magdalen College. Y por enésima vez, James Dillworth se preguntó si sus oídos sobrevivían a sus estudios en Oxford. Tras recoger la cena, encontró un sitio al final de una de las mesas del refectorio cerca de sus amigos, Fletcher, Bingham, y Carson. Se puso todo lo cómodo posible en el duro banco y atacó la carne, las patatas y los guisantes, que le darían la energía necesaria para estudiar aquella noche.
-Yo diría que Malthus es familia del diablo -comentó Bingham.
-¿Familia? -James resopló-. Es el diablo en persona, o su hermano gemelo. No entiendo por qué tengo que estudiar esas patrañas. Quiero dirigir de manera rentable la granja de mi familia, no especular con los efectos de un crecimiento desmesurado de la población.
-Ah, tendrás un mayordomo para atender todo eso -le dijo Fletcher.
-Sí, pero tendré que vigilarlo para asegurarme de que todo va bien. He oído hablar de más de un mayordomo que robaba a sus señores.
Carson dejó los cubiertos.
-Hablando de gemelos, hoy me he encontrado con un tipo en la calle que podría haber sido el tuyo, Dillworth.
James apartó su mente de la teoría maltusiana.
-Tengo un aspecto corriente. Moreno, ojos marrones… -comentó, encogiéndose de hombros.
Carson se giró para mirarlo bien.
-No, había algo en su rostro, o tal vez en la postura de los hombros. Era más delgado, pero podría haber sido familiar tuyo. ¿Tienes algún hermano pequeño o un primo estudiando aquí?
-No, -le respondió James, pensativo. Sabía que Sylvia se había marchado de casa unas semanas antes, pero no se le había ocurrido que hubiese podido ir a Oxford. Si el extraño al que se había encontrado Carson era ella, ¿cómo había sobrevivido?-. ¿Y dónde dices que has visto a ese personaje, Carson? ¿En High Street?
Carson parpadeó.
-Sí…. no. En Broad Street, cerca de la iglesia de St. Swithin.
A la tarde siguiente, después de sus clases, James fue a St. Swithin a interrogar al portero. Al pasar por la iglesia, oyó una voz de soprano procedente del edificio, una voz que le resultaba muy familiar. Habría reconocido la voz de su hermana en cualquier parte, ya que la había oído todos los días en casa. Se dirigió hacia las gruesas puertas de madera e intentó entrar, pero estaban cerradas.
Se apoyó en un dintel y pensó. Se mordió el labio, sabiendo el daño irreparable que le haría a la

relación con su hermana si escribía a sus padres, pero ¿acaso tenía elección?
Dejaron de cantar y se oyeron muchas voces. James supuso que se había terminado el ensayo y que los coristas saldrían. Las puertas se abrieron y salió por ellas un grupo de muchachos. Su hermana no estaba entre ellos.
Miró en el interior de la iglesia y vio a Sylvia, vestida con un traje gris que James reconoció como suyo. Al principio, se sorprendió, pero después le resultó divertido. ¡Qué coraje tenía su melliza!
Estaba hablando con un tipo rubio que James imaginó que sería Maitland, el maestro de música de St. Swithin. Ambos rieron y luego se dirigieron hacia James, hacia la puerta.
Él se ocultó entre las sombras, detrás de las puertas, sin saber qué decir si hablaba con Sylvia. En su lugar, observó a la pareja, era evidente que eran amigos, que se dirigía de camino a la ciudad. A cenar, supuso James.
Se apoyó contra la pared de piedra de la ciudad y suspiró, componiendo en su mente la carta que debía escribir.

*****

-¿Por qué hemos mandado a nuestro hijo a Oxford? -inquirió Dill mientras leía la carta que tenía en la mano.
Sentada a la mesa enfrente de él, en aquella luminosa mañana, estaba su esposa, que dejó el *Morning Post* y arqueó una ceja.
-¿Qué quieres decir, querido? -le preguntó, dando un sorbo a su taza de café.
Él ondeó el papel.
-He recibido una carta de nuestro hijo y heredero que, por primera vez, me hace sospechar de su intelecto y de su cordura.
-¿Me permites? -lady Mary tomó el papel y lo miró-. Oh, santo cielo. Está llena de manchas de tinta y tachones.
-A mí me preocupan más las faltas de ortografía. ¿No enseñan a escribir en Magdalene College?
Lady Mary inclinó la cabeza hacia la carta y leyó.
-Sí, ¿qué pone ahí? ¿*Ermana*? ¿Se puede saber qué significa eso? ¿Hermana? -repitió Mary con incredulidad-. Oh, cielos, Dill, ¡se trata de Sylvia! ¡Ha debido de encontrarla!
-¿Dónde?
-¡En un coro! ¡Está en un coro!
Dill se echó hacia atrás en la silla y apartó el plato de huevos con jamón.
-¿Se escape para unirse a un coro? ¿En Oxford?
Ambos se miraron, perplejos.
-Nunca le impedimos que cantase -comentó él-. No lo entiendo.
-¿Y cómo ha llegado hasta allí?
-Como todo el mundo, imagino. Habrá alquilado un coche de caballos o ha ido con el correo. No es tonta, y nunca hemos apretado con fuerza las cintas del monedero.
-Qué necios hemos sido -se lamentó lady Mary, poniéndose en pie y empezando a andar de un lado a otro, apretó los puños-. Cuando la tenga aquí de vuelta…
-Le daremos la bienvenida a casa e intentaremos descubrir por qué ha hecho algo tan sorprendente -dijo Dill en tono firme-. Esa es la cuestión, Mary.
Ella abrió las manos mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.
-¡Oh, Dill! ¿Le hemos fallado a nuestra hija?

Capítulo 7

En la mañana del concurso de coros, Syl se despertó con un cosquilleo en el estómago y sensación de náuseas. Se recordó que tanto ella como el resto del coro estaban más que preparados. El maestro Maitland los había entrenado sin piedad durante semanas y habían cancelado el ensayo de la noche anterior, animándolos a descansar la voz y a beber mucho té con limón y miel.

Ella no sabía cuántos colegios universitarios había en Oxford, pero le habían dicho que solo competían seis cada año. Cinco habían sido seleccionados por sorteo. El sexto, Merton, estaba defendiendo el primer puesto obtenido el año anterior y su coro actuaría el primero, a las nueve de la mañana. Dos más competirían, cada uno en su propia iglesia o capilla, antes de que hubiese una pausa para el almuerzo. Después, lo harían tres más, y el coro de St. Swithin sería el último.

Se vistió con cuidado, pensando que tanto ella como sus compañeros serían juzgados no solo por sus voces, sino también por el respeto que mostrasen a los músicos de otros colegios universitarios. Después de desayunar, recorrió a paso ligero High Street para dirigirse a Merton College. A excepción de algún cartel que anunciaba el evento, no había nada diferente en aquella mañana de sábado. Como no había clases, eran pocos los estudiantes que andaban por la calle, supuso que la mayoría estaría todavía durmiendo.

Se unió a la multitud de cantantes que había en el exterior de la capilla de Merton College, enseguida encontró a sus compañeros de St. Swithin al ver brillar el pelo rubio de Alan Maitland bajo la luz del sol. Él también se había esmerado con su aspecto, vestido con un abrigo azul muy fino que realzaba el color de sus ojos. Sylvia no se acercó a él, sino que se unió a los otros tenores. Se sentaron juntos en la parte de atrás de la capilla y, a juzgar por sus gestos, Sylvia adivinó que todos pensaban lo mismo que ella: “Nosotros somos mejores.”

Así transcurrió el día. Después del almuerzo, se saltaron la actuación del coro de las dos de la tarde, el del Magdalene College, para descansar, pero a las tres fueron a ver al del New College. Sentada en un banco entre dos compañeros, Sylvia tuvo una sensación de pertenencia que raramente había experimentado durante el estrés de su vida en Londres. Tenía amigas allí, pero ninguna demasiado cercana, en especial, desde que habían tenido que competir por encontrar marido. Allí se sentía parte de un equipo y le gustaba la sensación.

Así que se sintió bien cuando a las cuatro de la tarde se colocó junto a sus compañeros en la iglesia de St. Swithin, con las cabezas bien altas, seguros de ellos mismos.

Estaban preparados.

Entonces, se hizo el silencio. Todo el mundo miró a Alan Maitland, que sonrió y golpeó un diapasón. Cuando el sonido se apagó, levantó las manos y empezaron a cantar *Stabat Mater*.

***

Mientras su coro cantaba, Alan empezó a relajarse poco a poco. No había sido consciente de su nivel de tensión. En esos momentos, notó que se relajaban sus hombros al escuchar cómo sus muchachos actuaban sin realizar ningún error. Pensó, exultante, que aquel era el año. Por fin.

Cuando Syl Dill empezó su primer solo, lo observó y escuchó con placer. ¡Qué talento! Había sido un golpe de suerte que el chico hubiese entrado en St. Swithin y no en Brasenose, Merton o Magdalene. En ese caso, el concurso lo habría ganado otro maestro ese año. En su lugar,

triunfaría St. Swithin. Alan estaba convencido.
Continuó dirigiendo, centrándose en Syl. Era bello. La curva de sus pómulos, el modo en que su pelo se rizaba sobre el cuello, el brillo de sus ojos al alzar el rostro para cantar aquel glorioso contratenor.
"Qué extraño. Es la primera vez que uno de los muchachos me parece bello." Alan estudió a Syl con la mirada y después hizo lo mismo con el chico que tenía al lado, Richard Campion, un tenor de diecisiete años. También era un chico moreno y guapo, con los pómulos marcados y una masculinidad asertiva.
¿Era posible que...?
Sí. Tenía que ser eso. Tenía que ser una chica. Era una chica, y muy guapa.
Alan continuó dirigiendo, pero estaba hecho un lío. Sus brazos se seguían moviendo, como impulsados por el recuerdo más que por la consciencia. Porque sus pensamientos estaban muy apartados de la música e incluso del certamen. En su lugar, movía las manos y observaba a Syl Dill. Escuchaba a una maravillosa soprano, no un cantante masculino de contratenor.
Una mujer soprano.
Estudió la curva de sus mejillas, bastante femeninas, pero… Miró a los otros chicos. Algunos también las tenían redondas, casi femeninas. Uno de ellos parecía uno de los *putti* de Rafael, con las mejillas rojas como manzanas y aquellos rizos. Contuvo una carcajada al pensar aquello y se obligó a volver a pensar en Syl, ¿o era Sylvia? Con la idea en mente de que podía tratarse de Sylvia, se permitió disfrutar observándola.
Tenía un aspecto menudo y delicado que le atraía. Además, era audaz, pensó, y se preguntó si lo sería también en la cama.
Se reprendió. No debía pensar en aquellos términos de una joven dama. Sabía que había recibido una buena educación y en esos momentos sentía todavía más curiosidad por su historia, su verdadera historia, no las patrañas que les había contado varias semanas antes durante una cena.
Alan se dijo que la historia ya había sonado un poco sospechosa entonces. Él había descartado sus dudas, considerándolas injustas, ya que no había tenido motivos para desconfiar del joven señorito Dill.
Bueno, lo más probable era que no fuese Sylvester Dill, sino Sylvia Dill. O Sylvia Dill-*noséqué*. Tendría que averiguarlo, pero fuesen quienes fuesen sus padres, debían de estar muy preocupados por ella.
La cabeza se le llenó de preguntas y conclusiones mientras seguía moviendo las manos como su tuviesen voluntad propia. Por suerte, el coro continuó cantando como si su director no estuviese distraído.
Decidido. Lo más probable era que Sylvester fuese en realidad Sylvia. ¿Y de dónde procedía el Dill? Podía ser cualquier cosa. Dillman, Dillham, St. Dill...
Recordó la primera impresión que se había llevado de ella, que era muy educada, posiblemente de buena cuna. Él siempre había sabido que no podía llegar a lo más alto de la escala social y había decidido hacerse un hueco en Oxford nada más llegar a estudiar a la ciudad.
Se recreó en aquel recuerdo feliz solo un instante antes de volver a clavar la mirada en la misteriosa Sylvia Dill-*loquefuese*. Entonces, volvió al presente, a dirigir su coro, sabiendo que esa noche, desgraciadamente, sería la última que oyese aquel maravilloso falsete, no, soprano. Suspiró. Syl no era un muchacho al que todavía no le había cambiado la voz. Era una joven encantadora con una voz preciosa.
Alan se dio cuenta de que se el público se revolvía y decidió concentrarse porque el coro estaba alcanzando un pasaje especialmente complicado de la obra. Vio cómo Sylvia levantaba la

barbilla y cantaba un solo increíble con la mirada clavada en los arcos del techo en vez de en el público, que se estaba empezando a alborotar. Al parecer, había tres personas discutiendo en tono elevado. A pesar de la situación, Alan disfrutó de su voz.

***

Mary se giró hacia Dill y susurró.
-¡Hay que parar esto! ¡Qué espectáculo está dando nuestra hija! ¡Dill, haz algo!
-¿El qué? Piensa en el escándalo que provocaríamos si interrumpiésemos la actuación.
Ella frunció el ceño y miró hacia el director del coro.
-Me gustaría sacarle los ojos. ¿Es que no se da cuenta de que es una chica?
-¿Quién? -preguntó James.
Su madre señaló hacia el hombre rubio que movía las manos delante del coro.
-¡Él! ¡Ese loco de ahí!
James se echó a reír.
-Ah, Maitland. Tiene la cabeza en las nubes. Todo el mundo sabe que está tan metido en su música que casi no sabe ni en qué día vive.
-¿Maitland? ¿Has dicho Maitland? -le preguntó Mary.
-Sí. Es el profesor de música de St. Swithin. Un portento.
Sus padres lo observaron, se habían quedado sin habla por un momento.
-¿No lo oís? Es el mejor coro de Oxford, pero nunca ha ganado el premio porque los viejos carcamales están celosos.
-¿Es familia del vizconde Maitland de Shropshire? -preguntó Mary.
James se encogió de hombros.
-¿Quién sabe? No leo el Debrett por diversión.
-¿Qué hacemos? -preguntó Mary.
Dill se aclaró la garganta.
-Esperar a que termine la actuación y, entonces, acercarnos a ella. Con tranquilidad, por supuesto. Y, después, llevárnosla a casa.
Se quedaron en silencio y solo se oyó la voz de Sylvia cantando. Dill suspiró.
-Tengo que admitir que he echado de menos a la fierecilla. ¡Cómo me hace reír!
Su esposa lo fulminó con la mirada, pero James sonrió.
-Tenéis que admitir que es valiente. Y lista. ¿A cuántas personas ha engañado desde hace semanas?
Mary gimió y enterró el rostro entre las manos.

***

Por fin llegó el final de *Stabat Mater*. Alan tomó aire, aliviado, y terminó hacienda una floritura. Mientras los chicos del coro pasaban por delante de él para salir, oyó los aplausos del público y murmuró:
-¡Bien hecho! -pero cuando Sylvia se acercó a él, le dijo en un susurro-: Tenemos que hablar, jovencita.
Ella lo miró, dio un grito ahogado y palideció.
-Ya está -dijo él-. Por fin he visto lo que tenía delante de las narices desde hace semanas.
Cuando el último cantante se hubo marchado, Alan se acercó a donde estaban los jueces,

sentados en la primera fila de bancos. Ante ellos, se puso recto y respiró hondo.
-Es mi deber retirarme del certamen.
El profesor de música de Oriel, uno de los jueces, lo miró fijamente.
-¿Después de semejante actuación? Habéis ganado el premio. Por unanimidad.
El resto de hombres asintió.
-Tengo que disculparme por la confusión, pero hay un tema privado, un tema de honor -admitió Alan con la espalda muy recta.
-¿Un tema privado, de honor? -preguntaron, mirándolo con curiosidad-. Está bien.
Alan se dio la media vuelta para ocultar su decepción, y entonces una mano elegantemente cubierta por un guante color lavanda lo agarró del brazo. Sorprendido, se giró y vio a tres personas que se parecían a la misteriosa Sylvia Dill-*noséqué*. Los tres tenían el pelo y los ojos oscuros. La mujer, que tenía una cierta belleza a pesar de tener cuarenta años o más, llevaba puesto un sombrero de moda sobre el pelo rizado. Debía de ser la familia de la chica.
-¡Es usted un idiota!
Alan se sorprendió al oír a la madre de la joven Sylvia, pero decidió hacer uso de sus buenos modales.
-Soy Maitland, el maestro de música. Supongo que son la familia de mi cantante de contratenor, ¿o debería decir soprano? -después, añadió en tono más alegre-: Imagino que, ya que están aquí, podrán informarme de la verdadera identidad de mi misteriosa cantante.
-¿Sabía que era una chica?
-No lo he sabido hasta hace unos minutos. No había visto…
Un golpe en el brazo lo sacó de sus pensamientos.
-¡Estoy hablando con usted, señor!
Él se cubrió lo mejor que pudo.
-Sí, señora. Discúlpeme -dijo. Se inclinó ante ella e hizo un gesto de dolor-. Lo siento, pero no ha sido hasta ahora que me he dado cuenta…
Se pasó una mano por la frente.
-¿Quiere decir que por fin a visto a quién ha tenido delante durante semanas?
La mujer parecía furiosa.
-Sí. Lo lamento -le dijo, inclinándose de nuevo ante ella. ¿Cuántas veces iba a tener que pedir perdón?-. Alan Maitland, sinceramente a su servicio.
-Yo soy Dillworth -intervino el hombre-. El padre de lady Sylvia. Estos son mi esposa, Mary, y mi hijo, James.
-Lady Mary -Alan se inclinó de nuevo-. Caballeros.
-¿Dónde está mi hija? -preguntó lady Mary.
-Lady Sylvia -repitió Alan-. No lo sé.
-Apuesto a que se ha marchado -dijo James.
-No ha podido ir muy lejos -comentó Dillworth.
No puede correr con la sotana puesta. Estará en su habitación. Los conduciré allí.
Alan echó a andar, pero la mano de lady Mary en su brazo lo detuvo.
-Disculpe -le dijo en tono gélido-. ¿Quiere decir que ha estado allí?
-Umm, sí.
-¿En su dormitorio?
-Umm, sí.
-¿A solas con ella?
-Umm, sí.

-¿Sabe lo que eso significa, ¿no?
-Umm, sí.
Alan se maldijo.
-Si le soy sincero, estaba tan encandilado con su voz que no me fije en nada más de él. De ella. Me pareció perfectamente normal. De verdad.
-¿Y quién dice que es exactamente? -preguntó Dillworth, girándose hacia Alan.
-Ya se lo he dicho. Varias veces. Soy Alan Maitland, profesor de música aquí, en St. Swithin.
-¿Y tiene algo que ver con el vizconde Ryland Maitland de Shropshire? -le preguntó lady Mary.
-Me temo que sí. Soy su tercer hijo.
-Al menos, procede de una familia decente -murmuró ella-. Tal vez podamos alcanzar una solución sin causar demasiado escándalo.
Alan palideció.

***

Sylvia se marchó lo más rápidamente posible en dirección de su habitación, sin tan siquiera quitarse la sotana. Estaba sudando, mojando la corbata que le oprimía el pecho. Tiró la sotana encima de la estrecha cama y metió todas sus posesiones en un bolso de viaje. Esperaba poder marcharse antes de que Alan Maitland fuese a buscarla.
Después de varias semanas, ¿cómo se había dado cuenta de su farsa? Y, precisamente, aquel día. Sylvia torció el gesto. Sabía que Alan era un hombre de honor y estaba casi segura de que se iba a retirar del concurso. Ella no lo había visto venir y no podía imaginar su decepción, decepción que podía tornarse en ira.
Santo cielo. ¿A dónde iba a ir? Buscó en el fondo del último cajón, donde tenía un pequeño monedero con algo de dinero. Lo contó con desesperación mientras se preguntaba cuál sería el modo de transporte más barato para salir de Oxford. Los pies, imaginaba, pero caminando no podría llegar muy lejos.
¿Y a dónde podía ir?
¿Acaso le importaba? No en ese momento. Estaba desesperada por marcharse de allí y evitar la terrible escena que seguramente tendría lugar si se quedaba.
Se giró y vio a dos personas en la estrecha puerta de la habitación: el reverendo y la criada. Horton avanzó y, para sorpresa de Sylvia, le dio un abrazo tan fuerte que la dejó sin aliento.
-¡Bien hecho, chico, bien hecho!
Peckham le dio una palmada en la espalda.
La pareja no solo le estaba impidiendo la huida, pero como siguiese felicitándola, la tendrían que hospitalizar.
Peckham continuó hablando.
-Le has traído un gran honor a St. Swithin. He oído lo que decían los jueces. ¡Vamos a ganar el premio!
Ella tomó aire para evitar desmayarse.
-Me alegro de que haya salido bien, pero…
Horton soltó a Sylvia y miró a su alrededor. Todos los cajones estaban abiertos, la cama, deshecha, había ropa encima.
-Sueles estar muy ordenado -musitó, tomando una corbata y la doblándola con cuidado-. ¡Pero no importa! Supongo que estaba demasiado nervioso esta mañana como para ordenar la habitación.
-Ejem.

Santo cielo. Sylvia reconoció aquel tono de voz. Se giró y vio a tres personas a las que no había esperado ver en la habitación. Su madre, claramente disgustada; su hermano, que sonreía como si aquello le resultase divertido; y Alan Maitland, que parecía estar a punto de ser llevado ante el verdugo.
Con una ceja arqueada, su madre inspeccionó la habitación, fijándose sin duda en el desorden y en la simplicidad del dormitorio. Una cama estrecha con burdas sábanas y una colcha raída. Una ventana pequeña cubierta con papel, sin cristal. Una vieja cómoda y una silla. Horton y Peckham parecían confundidos.
Lady Mary gimió y se desmayó.
-Dill…
Su padre la sujetó y la dejó con cuidado encima de la cama. Dobló la almohada y se la colocó debajo de la cabeza. Luego, se giró hacia Sylvia.
-Merecemos una explicación.
-¡Disculpe! -el reverendo intervino-. ¿Conoce a nuestro sacristán, señor? No le he visto antes en nuestra iglesia.
-¿Su… sacristán?
-El señorito Sylvester Dill, señor, es muy querido aquí, que usted lo sepa.
-El señorito Sylvester Dill -repitió su padre mientras James intentaba contener la risa-. Esto es serio, joven -dijo, reprendiendo a su mellizo.
-¿De verdad? -James se rindió y dejó escapar una sonora carcajada.
Sylvia intentó guardar la compostura.
-Supongo que debo hacer las debidas presentaciones. Y disculparme. Reverendo Peckham, le presento a mi padre, lord Dillworth, y a mi hermano, James. Y la que está en la cama es mi madre.
Arqueó una ceja, no sabía si debía haberse inclinado ante ellos, dadas las circunstancias.
-Y yo soy Sylvia Dillworth, y lamento terriblemente haberles engañado.
-¡Ejem! -la criada carraspeó para que se diesen cuenta de que estaba allí.
-Y esta es nuestra querida señorita Horton, que cuida de todos nosotros.
Sylvia se inclinó por fin ante ella.
El reverendo la miró a ella y después a Alan Maitland.
-¡Le dije que había algo que me olía a chamusquina con el chico!
-Cierto -admitió él en voz baja.
-Estaba demasiado obsesionado con ganar ese premio, pero no pensé que llegaría a semejante extremo.
-¿Qué? ¡No lo sabía!
Se oyó un gemido procedente de la cama.
-Pantalones, Dill. ¡Nuestra hija lleva pantalones!
Peckham continuó.
-Me ha ganado Tetworth.
Parecía molesto.
-¿Apostó con Tetworth que era una chica? -preguntó Sylvia, impresionada. El viejo era más listo de lo que parecía.
-No, chico, ¡pensé que eras un espía francés!
-¿Qué? -preguntó todo el mundo al unísono.
-Aposté con Tetworth simplemente que había algo que no me cuadraba.
-Eso es demasiado vago -comentó Sylvia.

-¡Eso es lo inteligente!
Sylvia intercambió una mirada con Alan, cuyo humor parecía haber mejorado un poco.
-¿Por qué sonríes? -preguntó lady Mary, que se sentó y se alisó las faldas, intentando recuperar su dignidad-. ¡La situación no tiene ninguna gracia!
Sylvia se puso seria de inmediato, apretó los labios.
-Pienso que sobramos aquí, ¿no? -Peckham se dirigía a Horton-. Tal vez sea el momento de tomarse un té. ¿Quiere un té, señora? -le preguntó a la madre de Sylvia, que asintió.
Peckham y Horton se marcharon, y lady Mary preguntó:
-¿Se puede saber por qué te fuiste de casa?
Sylvia hizo un esfuerzo por mantener la calma. Había repasado una y otra vez en la cabeza lo que les diría a sus padres si… cuando la encontrasen. Tragó saliva y recordó lo que había escrito y memorizado.
-No tuve éxito en mi debut, y decidí que estaría mejor en otra parte.
-¿Aquí?
-Sí, ¿por qué no? He sido muy feliz.
-Trabajando de sacristán -su padre pudo hablar por fin-. No estoy seguro de qué hace exactamente un sacristán.
-Yo tampoco lo sabía -admitió ella-. Es sencillo. Mantener limpios la iglesia y todo lo que la rodea.
-¿Has… trabajado? -la voz de su madre se convirtió en un gemido.
-La mayoría de las personas trabajan -respondió Sylvia en tono seco. No iba a llorar.
-Pero… si te lo hemos dado todo. No tenías que trabajar -puntualizó su padre.
Ella tomó aire para tranquilizarse.
-Es difícil de explicar. Después de haber tropezado y de haberme caído en la corte, me di cuenta de que no estaba hecha para la vida que… que se espera de mí por la familia y la clase a la que pertenezco. Admitidlo -los retó-. Admitid que era un desastre.
Sus padres intercambiaron una mirada que ella no supo descifrar.
Dill habló por fin
-Habría habido problemas.
-Así es. Yo causé problemas. E hice algo que ninguna otra chica de mi clase había hecho antes. Escogí mi propia vida. Me abrí camino en el mundo.
-¿Aquí? -Mary miró a su alrededor con desprecio.
-Sí. Es una vida humilde. Trabajo, limpio, me lavo mi ropa, me preparo la comida, hago cosas que los criados hacen para vosotros, pero tomé una decisión y asumí las consecuencias.
Su familia guardó silencio, su padre seguía sorprendido, su madre estaba disgustada y James la miraba con una sonrisa en los labios.
Se oyeron aplausos. Ella se giró y vio que Alan Maitland sonreía de oreja a oreja.
-Tal vez fuese buena idea, al fin y al cabo.
-¿Qué? -le preguntó ella-. Sabía que me entendería. Al fin y al cabo, usted hizo lo mismo. Se apartó de la alta sociedad y buscó su propio camino.
-No puedes quedarte aquí -dijo su padre en tono decidido y Sylvia conocía aquel tono de voz. No tenía sentido llevarle la contraria.
-Sí padre -le respondió-. Pero ahora es tarde para volver a la ciudad.
-Hemos reservado alojamiento en el Mitre -le dijo él-. Vendrás con nosotros. Ahora.
-Tal vez sería mejor que me quedase aquí una noche más. Mañana es domingo y tengo que cumplir con mis obligaciones.

Intentó que su tono fuese firme y responsable.
-¿Qué haces… exactamente? -preguntó su padre.
-Venid al servicio mañana y lo averiguaréis.
-No -le contestó Mary-. Eso sería insoportable.
Dill suspiró.
-Ninguno de nosotros hemos pensado en esto con detenimiento. La que menos, tú, jovencita.
Dirigió toda su ira hacia Sylvia.
Esta se puso recta.
-Es verdad. Durante las últimas semanas, he pensado muchas veces en cómo terminaría esta farsa, pero no he conseguido llegar a una conclusión.
-El té está listo -anunció Horton desde la puerta-. Síganme, por favor.
Condujo a todo el mundo hasta el comedor, donde Peckham ya estaba sentado en una silla.
Al final del grupo, Alan y Sylvia intercambiaron miradas de sorpresa. En otras circunstancias, Horton les habría gritado que fuesen a la cocina y se sirviesen ellos mismos, pero se estaba comportando de manera extrañamente formal.
-Qué extraño que sea tan educada -murmuró Sylvia.
-Tal vez deberían venir sus padres con más frecuencia.
-Santo cielo, no, gracias.

***

La situación resultó mucho menos incómodo de lo que Sylvia había anticipado. Sentada a la mesa redonda de madera del comedor, con tartaletas de mermelada delante, su familia pareció relajarse mientras Horton servía el té. Sylvia se dio cuenta de que su madre lo observaba todo y se fijaba en la mantelería, que estaba inmaculada, y en la limpieza del lugar. Además, el reverendo parecía estar de muy buen humor. Sylvia esperó que nadie mencionase temas como el boxeo, las carreras, las peleas de gallos o, en especial, las apuestas.
En un esfuerzo por dirigir la conversación, felicitó a Horton por el té y toda su familia dio las gracias también, pero cuando se hizo el silencio, su padre se aclaró la garganta para preguntar:
-Entonces, ¿qué vamos a hacer?
-Señor, yo lamentaría tener que dejar mis labores hasta que encuentren a otro sacristán -dijo Sylvia
¿Quieres trabajar? -inquirió su madre.
-Es lo correcto. El jardín estaba completamente abandonado cuando llegué.
-¡Es verdad! -dijo Peckham-. Hacía una década que no estaba tan bien cuidado como ahora. ¿Han visto las rosas?
-Las rosas no me importan lo más mínimo -dijo lady Mary entre dientes-. Lo que me importa es que mi hija se quite esos pantalones y vuelva al lugar al que pertenece.
-Mi sitio está aquí -le respondió Sylvia-. Tengo un lugar aquí. Entiendo que no te guste y comprendo el motivo.
Dudó, luego se dirigió hacia su objetivo. Sabía lo que le importaba realmente a su madre.
-¿Qué dirá la gente si vuelvo de repente después de una ausencia tan larga?
-Hemos dicho que te estabas curando de un problema de salud.
Dill miró fijamente a Alan.
-Pienso que todos entendemos cómo se tiene que solucionar esta situación.
Sylvia miró a Alan, después a su padre y otra vez a Alan.
-No quiero que nadie haga algo que no desea hacer.
Alan tragó saliva.

-¿Y si lo desease?
Ella se quedó boquiabierta.
-¿Quiere decir que…?
-Sí.
-¿Está pidiendo mi mano?
-Bueno, yo… Supongo que sí. Bueno, tengo que admitir que odio pensar que la soprano con más talento que he conocido nunca vaya a salir de mi vida. Ya sea con pantalones o con un vestido, a mí me da igual. -bajó la vista a su taza de té y dio un sorbo, pensativo-. Lo que no sé es cómo hay que proceder.
-¿Qué es esto? -preguntó Peckham-. ¿Mi maestro de música se quiere casar con el sacristán? ¡Qué escándalo!
-Exacto -dijo Alan.
-Más escándalo será que no se casen -intervino Mary-. Ha estado en la intimidad con ella…
-¡No es verdad! -Sylvia y Alan lo negaron al unísono.
-¿Ha estado a solas contigo en tu habitación? -le preguntó Mary a Sylvia, mirándola fijamente a los ojos.
-Bueno, eso sí, pero no sabía…
-¿Acaso importa? -preguntó James en voz alta.
-No -respondió Mary en tono firme-. Tu hermana está comprometida.
James miró a Alan.
-¿Significa eso que tiene que hablar con mi padre o conmigo?
Dill resopló.
-Creo que es el momento de que usted y yo hablemos en privado, señor Maitland.
-Pueden utilizar mi despacho -ofreció Peckham-. Acompáñalos, Horton.
-¿No debería estar yo también presente en esa conversación? -preguntó Sylvia.
-No -corearon su padre y su… ¿prometido?
Un poco molesta por la contestación, Sylvia frunció el ceño antes de darse cuenta de que tenía algo con lo que no había contado: un prometido. Y uno al que sí que quería. Sonrió, estiró las piernas, todavía cubiertas por los pantalones, y decidió que todos los problemas iban a resolverse de manera bastante satisfactoria. No sabía qué iba a ocurrir exactamente, pero estaba segura de que Alan no querría marcharse de Oxford.
Y a ella le parecía bien.
Pero… no querer que saliese de su vida la música con más talento que había conocido no era precisamente una declaración de amor. Tampoco era una expresión de disgusto, y Sylvia sabía que la relación que había tenido con Alan era algo más que la mera admiración de un músico por otro.
-Ya veremos -murmuró.
-Seguro que sí -dijo su madre mientras daba un sorbo a la taza de té y esbozaba una sonrisa.
Sylvia la vio y se sorprendió y, al mismo tiempo, no. Al fin y al cabo, Alan procedía de una familia noble, y eso era importante para lady Mary.
Peckham le dio un codazo a James, que estaba sentado a su derecha. –
¿Quiere apostar acerca del resultado, joven?

***

La conversación con el padre de Syl… lady Sylvia fue menos complicada de lo que Alan había imaginado. Enseguida se dio cuenta de que Dillworth no era tan estirado como su esposa, y que

solo quería complacer a todo el mundo. Alan agradeció que el hombre se comportase de manera professional.
Entró en el comedor detrás de Dillworth, y vio a Bevil y al hermano de Sylvia, James, riendo ruidosamente juntos mientras tanto lady Mary como Syl bebían té con gesto de satisfacción. Alan se dio cuenta de que, a pesar de que todo había cambiado, poco iba a cambiar.
-Syl, ¿podemos hablar? -le preguntó.
Ella levantó la vista y se puso en pie.
-Por supuesto, señor.
Mientras se dirigía hacia él, vio como lady Mary hacía una mueca y murmuraba:
-Pantalones.
Sylvia sonrió mientras salían de la habitación, cerró la puerta tras de ellos y tomó la mano de Alan.
-Estaba deseando hacer esto -admitió.
Él levantó su mano y pasó los labios por sus nudillos.
-¿Sí?
-Sin duda.
Él se apoyó en la pared revestida de madera.
-Van a decir que te has echado a perder con un tercer hijo sin dinero.
Sylvia inclinó la cabeza.
-¿Qué te hace pensar que me importa mucho lo que los demás piensen?
Él contuvo una carcajada.
-Tus padres deben de estar muy decepcionados.
Ella se echó a reír.
-Mis padres están encantados, señor. Esto es mil veces preferible a mi farsa. Además, si el padre les parecía bien, ¿por qué no van a aceptar al hijo?
-Porque el título lo tiene él. Yo nunca lo tendré.
-Siento decir que su padre no es un buen partido. El hijo, sin embargo…
Sylvia lo miró a los ojos, los suyos brillaban. Brillaban con deseo.
Alan se quedó boquiabierto. Sylvia lo deseaba.
Con un dedo, ella hizo que levantase la barbilla y cerrase la boca.
-Estás empezando a babear, señor, y eso no queda nada digno. No quiero un marido que babee.
Él encontró por fin la voz.
-Entonces, ¿no te casarás conmigo?
Ella sonrió.
-Sí, nos casaremos, pero no toleraré que babees.
Alan rio. Le gustaba que fuese tan directa, que no fuese tímida. Estaba deseando conocer a la verdadera Sylvia.
-Eres una criatura intrépida, ¿verdad? -dijo, atrapándola entre sus brazos.
-Ah, ¿te has fijado?
Él la acercó hasta que sus cuerpos estuvieron pegados y cerró los ojos para saborear la sensación de calor y felicidad. Por fin entendía el motive por el que había sentido semejante atracción por el misterioso Syl Dill. Ella murmuró de placer y se apretó contra él mientras apoyaba el rostro en su pecho.
Pasaron mucho tiempo así, sin moverse ni hablar.

Epílogo

Un mes después, se publicó el siguiente anuncio de matrimonio en los periódicos londinenses:

El honorable Alan Maitland, tercer hijo de Ryland, vizconde de Maitland, con lady Sylvia Dillworth, hija de Thomas, conde de Dillworth; en una ceremonia privada que se celebrará en la iglesia de St. Swithin, Oxford. La pareja tiene planeado construir su hogar en Oxford …

***

Un año después

En una cálida mañana de domingo, Sylvia salió de la casa que compartía con su marido y el personal de servicio, formado solo por un criado y su esposa. Horton y sus deliciosas tartaletas se habían quedado con el reverendo, aunque Alan y Sylvia siempre estaban invitados a cenar los domingos. Sylvia esperaba aumentar pronto la plantilla de la casa, que tenía tres pisos y estaba a las afueras de la ciudad, con una niñera o enfermera. Era una edificación hecha de piedra amarilla de la zona y tenía la fachada salpicada de enredaderas, una pérgola cubierta de rosales y un invernadero además de un huerto, todo cuidado con esmero por ella.
Se había puesto un sencillo vestido verde, ya que pensaba que vestirse de gala para el servicio del domingo para después ponerse la sotana encima no tenía sentido, por no hablar de su abultado vientre. Tomó la mano de Alan para dirigirse a la iglesia de St. Swithin.
Este se detuvo de repente ante la puerta de madera del jardín, pintada de blanco y cubierta de rosas rojas, de las que Sylvia también estaba muy orgullosa, y miró hacia la puerta de la casa, que acababa de cerrarse. La pareja que trabajaba para ellos, los Denton, nunca asistía a misa, aunque parecía seria y piadosa. Sylvia sospechaba que se pasaban los domingos libres en la cama.
-¿Qué ocurre? -le preguntó a Alan.
Este se había quedado pensativo.
-Tus padres escogieron como dote una casa muy bonita.
-Me lo has dicho muchas veces. ¿Por qué piensas en eso ahora?
-Ha pasado un año. Va a ser nuestro aniversario. Y vas a hacerme el mayor regalo…
Le tocó el vientre antes de continuar.
-Y yo, me siento tan insignificante a veces.
-Cuando nazca el bebé, estaremos todos muy ocupados -le dijo ella-. Disfruta ahora de la paz. Si desease apostar con el reverendo, apostaría a que mi madre va a venir de Londres dentro de unas semanas, con una matrona y una niñera. ¿Estás preparado para que venga a manejar nuestras vidas?
Él se estremeció.
-Me da miedo. ¿De dónde sacaste el coraje para desafiarla tan abiertamente?
-¿Para huir a Oxford, quieres decir? El hecho de que mi madre sea tan controladora hizo que no tuviese opción. Iba a casarme con… quien fuese… Y yo no lo podía soportar.
Alan abrió la puerta y la dejó pasar, luego, la agarró del brazo y se dirigieron juntos a la iglesia.
-Me parece que es este bebé el que va a tomar las riendas de nuestras vidas.
-De la mejor manera posible -dijo Sylvia sonriendo, se sentía feliz.

Por el camino, se encontraron con otras personas que también iban a la iglesia.
-No sé si está bien que disfrute de la iglesia porque canto en ella -comento Sylvia-. Eso no tiene mucho que ver con Dios.
Él se echó a reír.
-Yo siento lo mismo. Cuando dirijo el coro, siento una tremenda satisfacción que tiene poco que ver con Jesús. ¿Significa eso que somos infieles?
-Si es así, somos infieles felices.
Continuaron riendo mientras recorrían el camino.

Acerca de la autora

Suz deMello

Suz deMello dice: “Soy todo un estereotipo… Profesora vegana de yoga de California a la que le encanta pasear por la playa, abrazar a mis perros y escribir novelas románticas.” Pero también es una mujer que ha ganado premios y ha escrito éxitos de ventas, ha estado nominada a los RITA y ha sido reseñada por publicaciones tan prestigiosas como *Kirkus*, *Library Journal* y *Publisher’s Weekly*.

Suz utiliza un pseudónimo para proteger su intimidad, pero si eres fan de las novelas románticas, es probable que hayas leído sus libros o hayas oído hablar de ella, dado que es conocida por escribir novelas elaboradas y convincentes cargadas de humor y también de emoción. Ha escrito veinticuatro libros de varios géneros, incluidas obras que no son de ficción, memorias, novelas contemporáneas, comedias, de suspense romántico, de fenómenos paranormales… Ha tratado casi todos los subgéneros de la novela romántica salvo el de la inspiración religiosa.

Su lema personal es: No dejar de aprender ni de crecer nunca. Ha tenido, que recuerde, al menos cinco carreras profesionales: bibliotecaria, abogada litigante, barista en Starbucks, escritora de textos de subvenciones y profesora de yoga. ¡Tal vez la más interesante fue la de profesora de inglés para preescolares en China! Pero le encanta escribir novelas románticas y enseñar yoga. También es cinturón negro segundo dan de kenpo karate.

En la actualidad reside en México, donde practica yoga, disfruta de sus perros y pasea por la playa todos los días. Y, sí, escribe novelas románticas.

Puedes encontrar sus libros en www.suzdemello.com
Para servicios de edición, puedes escribirla a suzdemello@gmail.com
Hazte su amiga en Facebook: www.facebook.com/SuzDeMello
Tuitea como @suzdemello
Goodreads: bit.ly/SuzATGoodreads
Puedes encontrar su blog en www.TheVelvetLair.com

Nota de la autora

En esta historia menciono un tema inusual, raramente tratado en las novelas románticas: el ciclo menstrual de mi heroína. Mientras que muchos libros evaden o pasan por alto actividades humanas normales, como el baño, mientras enfatizan otras, como el sexo, es difícil escribir un libro fresco, en especial una novela romántica de regencia, supongo que porque se han escrito más historias acerca de esta época que de cualquier otra.

Manejar el flujo menstrual debió de ser difícil, en especial, en una época en la que las funciones normales del cuerpo humano eran consideradas vergonzosas. Muchas culturas siguen considerando que las mujeres son impuras durante la menstruación. Incluso en la actualidad, hay quien se refiere a ello con términos como “la maldición”.

Así pues, hay poca información práctica acerca de cómo lo gestionaban las mujeres de la época. He encontrado referencias vagas del uso de trapos viejos, pero dada la ropa interior que se utilizaba entonces, fijar un trapo a una camisa sería difícil. He leído en un blog que la reina Isabel poseía tres fajas de seda negra que utilizaba para sujetar los trapos menstruales en su sitio.

Pero Syl Dill es un personaje con recursos, y su solución de sujetar los trapos a un segundo par de calzones de chico le funcionó a ella, y en este libro.

Me he tomado muchas libertades con los hechos históricos y espero que esas desviaciones inocuas no ofendan a nadie.

Si has disfrutado del libro, por favor, déjame una reseña. ¡Gracias!